



Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2018, Àlex Tobella Panés

© 2018, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Silvia Vallespín

Portada

Daniela Alcalá

Maquetación

Daniela Alcalá

Revisión

Mario Morenza

Impresión

QP Print

Primera edición: **agosto de 2018**

Depósito Legal: B 21985-2018

ISBN: 978-84-17142-77-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ÀLEX TOBELLA PANÉS

PERSPECTIVA
DE UNA MOCHILA
INDIA



Nova Casa Editorial



A mi madre Patricia, uno de mis pilares en esta vida.
A mi padre Ramón, el hombre en quien reflejarme día a día.
A mi hermano Natxo, mi mejor amigo.
Y especialmente a Mireia, por compartir más de cuatro
años de relación y este magnífico viaje que,
sin ninguna duda, siempre formará parte de mi ADN.



AGRADECIMIENTOS

Agradecer a todas aquellas personas que hemos conocido durante este viaje y que han formado parte de él, como Adil, Priyankar, Anand, Hassan, el doctor Pancholi, Joseph o el joven del hostel de Nueva Delhi que me llevó al hospital y que su nombre desconozco. Además de muchos otros que han formado parte de esta travesía y han hecho que este recorrido haya sido una emocionante aventura y el origen de mi pasión por los viajes en mochila.

A mis amigos Andrea Cos, Marcos Escobar, Elías García, Montse Grau, Eli Montesinos, Max Solà, a mi hermano Natxo y a mi abuela Paquita. Por interesarse por este libro y darme su apoyo, opiniones y consejos durante estos meses de redacción. Y más concretamente a Xavier Angerri y Javier Jordán, que han estado semana tras semana siendo un sustento moral donde sus ánimos y su interés han sido vitales para darme una motivación extra.

A Jordi Longarón, por hacerme el prólogo y por estar siempre en los momentos que lo he necesitado. A parte de la amistad que nos une, en él tengo al hermano mayor que nunca tuve.

A mi madre Patricia, por ser la primera en creer en este libro. Su confianza ha sido vital para seguir día tras día escribiendo con la misma pasión que el primero. Y especialmente a mi padre Ramón, por estar infinitas horas dándome su punto de vista de cada párrafo redactado. Sus opiniones, consejos y diferencias han hecho que este libro tenga más riqueza de la esperada. «*Sou els millors pares del món, no tinc cap dubte*».

A toda la familia de Nova Casa Editorial. Por regalarme esta bonita oportunidad de publicar un libro que tanta dedicación y cariño le he puesto durante estos meses de redacción, además de confiar en él. Gracias por su apoyo constante durante estos meses previos a la publicación, su dedicación y sus consejos.

ACLARACIONES

A lo largo de este libro el lector podrá observar un conjunto de comentarios, opiniones y observaciones que están directamente relacionadas con la cultura de la India, de sus gentes y/o de sus formas de vivir. Estas opiniones están expresadas desde una perspectiva personal y bajo ningún concepto tienen como objetivo hacer creer al lector que son verídicas. Tan solo son el punto de vista de las sensaciones y sentimientos vividos durante el viaje que realicé en agosto del 2015.



ÍNDICE

- Prólogo **13**
- 1 Donde empezó todo **19**
- 2 Conducción temeraria **23**
- 3 La vida del Ganges **29**
- 4 Adil **35**
- 5 Caos en los andenes **43**
- 6 Hassan **49**
- 7 Taj Mahal **59**
- 8 Rutas sin encanto **69**
- 9 Entre telas **89**
- 10 En medio de un monzón **99**
- 11 La realidad de las castas **113**
- 12 La curiosidad de los locales **121**
- 13 La corrupción de la policía **131**
- 14 El dolor del veneno **135**
- 15 Anand **163**
- 16 Conociendo el ataque de los monos **177**
- 17 Despertares violentos **183**
- 18 Compañero de viaje **209**
- 19 Situaciones de alarma **217**

- 20 Kerala **235**
- 21 Rally de autobuses **249**
- 22 Sensación de impotencia **263**
- 23 Por los pelos **275**
- 24 Hospitales sin doctores **281**
- 25 Jugando con fuego **289**
- 26 Lluís y Goa **295**
- 27 El casi «no regreso» **299**

PRÓLOGO

por Jordi Longarón

Hace unas semanas un gran amigo, una muy buena persona amante de los viajes, se dirigió a mí para decirme que había convertido las experiencias del que quizás haya sido el mejor viaje que hasta ahora ha llevado a cabo en un libro.

Al principio me sorprendió, ya que pensé de dónde habrá sacado el tiempo con la gran actividad que lleva. Le pregunté cómo se le había ocurrido esa idea y me respondió que sintió la necesidad de compartir con sus amigos, sus familiares y con la gente en general todas las experiencias que allí vivió y qué mejor forma de hacerlo que dejarlas plasmadas en un libro.

Pero fue más allá y me preguntó, me pidió, me dijo que le haría mucha ilusión que las primeras palabras del libro fueran mías, es decir, que si le quería escribir el prólogo del libro. Que después de haberlo pensado mucho y aconsejado por personas muy afines a él, yo era el candidato ideal. Mi rápida respuesta fue... ¿Yo?, ¿por qué yo? Y con la misma rapidez que me respondió a mi pregunta sobre el hecho de escribir el libro me respondió a esta otra: Sí, tú... Has de ser tú, una persona que me ha visto crecer en todos los ámbitos de mi vida, como niño, como adolescente, como joven, como estudiante, como universitario, como hombre; me conoces mucho, mi manera de ser, lo que me gusta y lo que no me gusta, mis *hobbies*, mis aficiones, como deportista; en definitiva, conoces mi naturaleza, y estoy seguro de que darás un sentido inicial a los lectores de mi libro».

Después de estas palabras no vacilé ni un momento en aceptar su ofrecimiento. Ahora bien, tenía claro que para escribir el prólogo necesitaba una tranquila y profunda lectura de su libro y así se lo hice saber. Al día siguiente, tenía en mis manos el archivo Word con el contenido de *Perspectiva de una mochila*. En el momento que tuve su libro en mis manos me formulé dos preguntas a las que intentaré dar respuesta para acercar al lector al autor y al libro en sí. La primera: ¿qué ha llevado a Àlex a escribir este libro? Y la segunda: ¿cuál será el contenido, pero, sobre todo, el enfoque que le habrá dado?

Para responder la primera interrogante, debemos saber algunas cosas sobre Àlex. El autor de este libro no es una persona cualquiera, de esas que pasan por la vida de uno sin dejar huella, todo lo contrario, no hay persona que conozca que se haya cruzado en su camino y que le haya dejado indiferente. Àlex es exalumno del Colegio Sant Miquel donde llevo trabajando desde septiembre del año 1993. Terminó allí sus estudios de bachillerato y se decantó por hacer un ciclo formativo de grado superior de actividades físicas y deportivas. En ese momento, en su interior, se mezclaba su vocación por la docencia y la educación de los niños con todo aquello relacionado con la actividad física y el deporte, y, de forma muy especial, el balonmano. De hecho, ya lleva alrededor de siete años ejerciendo como entrenador de este deporte y casi diez como profesor de gimnasia deportiva extraescolar en el colegio que le vio crecer, el que lleva dentro de su corazón desde hace casi diez años. Además, desde el 2010 —año que se fundó el Team Runners csm, grupo de padres, madres y profesores del centro unidos con el propósito de hacer deporte, en especial todo lo relacionado con el mundo del *running*— ha sido un miembro destacado aportando su carisma, sus conocimientos y participando activamente en los retos, eventos y competiciones del equipo. Al finalizar estos estudios, tuvo

la necesidad de seguir ampliando sus estudios dentro del ámbito de la docencia: empezó un magisterio en la Escuela Blanquerna y pasó por la UB donde hizo algunos cursos de Geografía e Historia. Este punto es muy importante para comprender un poco más sobre Àlex. Empezó a cursar Geografía, que ya desde su infancia le gustaban los países, situarlos en el mapa, dentro de un continente, así como las culturas, las razas, las religiones de estos países. Y la Historia, quería ampliar sus conocimientos sobre qué pasó y por qué pasó, para que le ayudara a entender nuestro mundo actual, lleno de desigualdades e injusticias. Después de tener alguna que otra duda sobre cuál era el mejor camino a seguir, decidió compaginar su trabajo como monitor en el colegio y empezar nuevos estudios para obtener un Grado de Trabajo Social. Este punto es igualmente muy importante para poder entender la respuesta que dará a la segunda pregunta más adelante. Cuando Àlex me dijo que dejaba sus estudios de Geografía e Historia para emprender este nuevo reto me encontré en la necesidad de conocer un poco más sobre esos estudios que iba a empezar y poder valorar si, después de sus dudas, había escogido definitivamente la mejor opción para él. Entré en la web de la UB y puse Grado de Trabajo Social. En la presentación de estos estudios se hace una descripción que me convenció: «El trabajo social es una profesión basada en la práctica y una disciplina académica que promueve el cambio y desarrollo social, la cohesión social, y el fortalecimiento y liberación de las personas. Los principios de justicia social, los derechos humanos, la responsabilidad colectiva y el respeto a la diversidad son fundamentales. Basándose en las teorías del trabajo social, las ciencias sociales, las humanidades y los conocimientos indígenas, el trabajo social involucra a las personas y las estructuras para hacer frente a los desafíos de la vida y aumentar su bienestar». Me pareció una perfecta descripción de la idiosincrasia de Àlex.

Actualmente está finalizando estos estudios que bien seguro le llevarán a un mundo laboral relacionado con la personas, sobre todo con aquellas que sufren, que más necesidades tienen o más desamparadas están. Sean de dónde sean, de cualquier cultura o religión, a las que seguro les va a entregar este gran corazón que lleva dentro, esta necesidad de ayuda y colaboración que tiene para con los demás, este punto de vista de la vida tan especial y singular que le enriquece como persona y además su gran espíritu de esfuerzo, trabajo y dedicación que ofrece en todo lo que lleva a cabo y se propone.

La segunda pregunta que me hice fue ¿cuál será el contenido, pero, sobre todo, el enfoque del libro? Aunque conociendo a esta persona como la conozco, antes de empezar la lectura ya tenía una idea aproximada y no me equivoqué. La India vista desde los ojos de Àlex no es la misma que la vista por los ojos de un turista normal y corriente e, incluso, diría que tampoco es la del mochilero estándar, sus ojos se centran en aquello que otros no lo harían o no le darían ni la más mínima importancia. No esperemos encontrarnos con un libro en el que se nos hable de las maravillas y de los monumentos de la India, sí en uno que nos sumergirá en el conocimiento del *modus vivendi* de los habitantes de ese maravilloso país, poniendo la mirada siempre en los más desfavorecidos, marginados, necesitados y pobres. Àlex siempre se fija en las personas, pero sobre todo en el débil, el frágil, el humilde y poco en el ostentoso o en el rico y si lo hace es tan solo para hablar de las diferencias y de las desigualdades existentes en la actualidad. Su libro irradia valores por doquier, como la amistad, la generosidad o la solidaridad. Él se informó muy bien antes de emprender su viaje sobre qué ver en la India, su distribución geográfica, las gentes, las culturas, las religiones, pero en sus treinta y cinco días de viaje no se conformó con reproducir visualmente todo aquello con lo que previamente se había

informado. Él quería entender, quería penetrar en el interior de su cultura, aprender de sus gentes. Su descripción de la India va mucho más allá de lo que uno se puede imaginar. La dividiría en tres partes, por un lado nos describe situaciones de la vida cotidiana, un sinfín de experiencias y anécdotas, algunas buenas, pero otras que, como él mismo dice, le han marcado para el resto de su vida. Describe las injusticias con las que se encontró, remarca las diferencias entre las castas, nos habla de las dos caras de la India, sobre todo la oscura y la malvada, y, por si fuera poco, nos introduce de lleno en la esencia del país. Una segunda que nos habla de la percepción sensorial que siente cuando nos describe los paisajes, las montañas, la vegetación, el mar, el cielo, las ciudades, los pueblos, las estaciones de tren o de autocar, las calles y callejones, los platos típicos, comidas y bebidas, los *Tuk-Tuks*... Y la tercera y más importante a mi modo de entender el libro, la descripción que hace de las personas e, incluso, de los animales, cómo se fija en las relaciones entre los individuos para entender su cultura. Cómo nos habla y describe a la gente que se encuentra en cada punto de su viaje, cómo viven, sus rasgos físicos, sus vestimentas, sus actividades diarias, el rol que ocupan en la sociedad, desde la gente que se va encontrando mientras viaja en tren o autocar, durante las esperas en las estaciones, hasta los camareros, responsables de los hoteles, médicos, vendedores, conductores de *Tuk-Tuks* o de *rickshaw*...

Y no quisiera acabar sin hacer un par de comentarios, por un lado una mención especial a su compañera de viaje, Mireia, con la que compartió un sinfín de experiencias y anécdotas, que le ayudó en los momentos difíciles, que los hubo, y que en todo momento la tuvo a su lado.

Y en segundo lugar quisiera citar algunas de sus frases que aparecen en el libro y que nos ayudarán a conocer un poco más aún a su autor:

«Mi espíritu mochilero y aventurero no hubiera salido de la zona del Himalaya, me sentía libre y liberado».

«Conseguir un mundo mejor a través del amor es la mejor opción para llegar a un mundo más justo».

«Serán dos horas muy largas las que tendremos por delante. Pero está valiendo la pena. Me gusta viajar entre locales».

«Dos chicos que queríamos ver esa realidad de la India».

«Demasiadas personas en un país que no puede abastecerlas a todas».

«Tú ayer pensaste en mí porque creías que yo necesitaba aquellas camisetas más que tú. Hoy yo te devuelvo el favor porque creo que necesitas descansar en un aposento más confortable para seguir con energía en este viaje».

En definitiva, querido lector, estás delante de un libro en el que se mezclan las experiencias personales de una pareja de mochileros de pocos recursos económicos con una descripción de la vida de este país, al que su autor ha titulado *Perspectiva de una mochila*, pero que yo añadiría de una persona comprometida con la sociedad, especialmente con los más desfavorecidos. ¡No te va a dejar indiferente!

1 DONDE EMPEZÓ TODO

El cielo parecía un mar sin navegantes con sus navíos. Ni una sola nube, tan solo un gran punto amarillo que atizaba con fuerza los prados verdes del sur de Bélgica. Era el privilegiado espectador de aquella alegre mañana de primavera. Los meteorólogos decían que el invierno de 2014 había sido en Bélgica el más caluroso de todos los tiempos y los más ancianos lo corroboraban. Era principios de mayo y los más atrevidos desafiaban al mar belga para darse su primer chapuzón del año, mientras que otros preferían esconderse, tomándose un helado en alguna esquina donde el sol les diera tregua. Los más aventureros aprovechaban para ir de picnic con amigos y familiares por los inmensos campos y bosques del país, y nosotros decidimos hacer una excursión por los jardines reales de Tervuren.

La luz del sol acariciaba sin piedad los cristales del autobús. El calor de aquella mañana cruzaba sin problemas el indefenso automóvil desprotegido sin aire acondicionado. Los dos, sentados en la parte trasera del autobús, comentábamos los movimientos de cada uno de los individuos que realizaban el mismo trayecto que nosotros. Es en estos momentos donde te das cuenta de que los belgas no tienen un clima como el de Barcelona y eso provoca que no estén acostumbrados al calor de aquella calurosa mañana. Para nosotros era el pan de cada día, pero para alguno de ellos era un sufrimiento hasta que el sol no desaparecía por el oeste. Viendo tan solo sus miradas podías ver el reflejo de esa sensación de incomodidad y de fatiga. Al ver esas caras

desencajadas me acordé de mi primer viaje a Marruecos, donde mi rostro desprotegido por el sol africano me agonizaba a cada paso que daba.

—¿Te acuerdas de Marruecos? —le pregunté.

—Claro que me acuerdo. Nuestro primer viaje juntos fuera de España. ¿Cómo me voy a olvidar? —me respondió.

—Estaba pensando que el próximo año podríamos ir por el norte de Europa. ¿Quizás Noruega? —le sugerí.

—No, para eso ya tendremos tiempo. Somos jóvenes. Por qué no probar ir a la India. Sabes que es un sueño para mí. O podemos ir al sudeste asiático como Myanmar o Laos —me propuso mientras su rostro me hacía pensar que estaba soñando en un viaje de aventuras y momentos inimaginables.

No sé si era rabia o envidia lo que sentí en ese momento. Ella sabía que siempre quise ir a Tailandia. ¿Cómo me puede preguntar si quiero ir por esas tierras? Sabe de sobras la respuesta. ¿No era yo el amante de los viajes de la pareja? O eso pensaba. ¿No tendría que ser yo el que propone visitar estos rincones del mundo? Me acuerdo cuando mi profesora de Geografía e Historia, Neus, nos hacía salir en Segundo de ESO a la pizarra para que buscásemos en el mapa que teníamos en clase dos países que ella nos mencionaba al azar y luego debíamos decir sus capitales. Yo, en ese momento y mucho antes, ya quería visitar este misterioso país. Mi otro gran destino desde pequeño ha sido África, en especial la República Democrática del Congo. Aún tengo en mente cuando era pequeño y estaba enfermo por culpa de la migraña. Me quedaba en casa con mi abuela Paquita o mi bisabuela Memé mirando documentales de la 2 sobre África. Tribus que convivían con los depredadores más feroces del continente, leones que planeaban cuál sería su siguiente víctima de ñus o hipopótamos acaparando los ríos con más caudal del territorio inspirando terror entre sus vecinos.

—La India no, Mireia. No me llama la atención, pero Tailandia o algún país de alrededor me parece una buena idea. ¿Qué te parece si hacemos dos o tres países en un mes? Así podremos decir que hemos estado en más de uno.

—Sí, buena idea. Laos dicen que es poco turístico y Camboya es parada obligatoria para ver los templos de Angkor Wat.

La propuesta me pareció muy buena. Tres países en un mismo viaje. Ahora solo faltaba marcar el circuito, el tiempo del viaje y qué visitar. Poco a poco nos fuimos animando y seguimos hablando del próximo viaje hasta que el autobús llegó a su última parada, los jardines reales de Tervuren. Allí dejamos aparcada la conversación y empezamos la visita de aquella mañana de primavera.

Por la tarde, al llegar a Lieja, buscamos en internet decenas de webs y miramos los destinos más recomendados para visitar en el futuro viaje que nos esperaba. Pocas horas después teníamos una ruta hecha que empezaba en Bangkok y terminaba en la misma capital. Primero haríamos el norte de Tailandia y posteriormente cruzaríamos de norte a sur el país de Laos, finalizando el trayecto en Camboya y visitando las playas del sur de Tailandia.

Llegó la Navidad y nuestras ganas por comprar los billetes hacia un nuevo continente se multiplicaban. Teníamos claro que en uno o dos meses tocaría tener los billetes ya en mano, pero como todo, la vida da muchas vueltas y ese viaje fue uno de esos cambios de rumbo.

A finales de las fiestas de Navidad quedé con Mireia como cualquier otro día. Teníamos pensando ir a cenar fuera y luego la acompañaría a casa. Al día siguiente empezarían de nuevo las clases en la universidad, como también el trabajo, y tocaba descansar para empezar la semana con energía.

—Àlex, necesito pedirte un favor y hacer un cambio de planes en el viaje —me dijo al vernos.

—Dime, ¿qué pasa? —le respondí.

—Como ya sabes, tengo el trabajo de final de carrera y quiero ir a la India para inspirarme —me comentó.

Hacía tiempo que Mireia tenía claro que su TFG de Diseño de Moda iría sobre la India. Ella amaba la India. Tenía una relación sentimental con ese país y si quería focalizarlo en su trabajo tenía que verlo de primera mano.

—Iremos a la India si crees que es lo mejor para el trabajo y visitaremos el país. Pero el próximo año escojo yo y nos vamos a África.

En el fondo me molestó un poco hacer este cambio de planes pues dos años atrás fuimos a Marruecos, destino que quería ella, y ahora repetíamos su propuesta. Pero al fin y al cabo era Asia y tampoco era un destino desagradable para mí. En lo que sí coincidimos fue que en este viaje nuestro único acompañante sería la mochila. Los dos pensamos, y aún lo seguimos haciendo, que desde una mochila la perspectiva que adquiere el turista del territorio visitado refleja más la realidad del país que el que lo visita con fajos de billetes.

A finales de febrero quedamos en mi casa para comprar los billetes. El viaje estaba ya en marcha.

2 CONDUCCIÓN TEMERARIA

Ya habían pasado cinco meses desde que cogimos los billetes. Solo quedaba un día para dejar atrás las horas de preparación del viaje y empezar a poner en práctica toda esa cantidad de información que buscamos en librerías, en internet y en consejos de amigos y mochileros que viajaron en algún momento de sus vidas al segundo país más poblado de la Tierra.

Aquella última noche se me hizo larga. No paraba de imaginarme qué veríamos en ese viaje, qué nos enseñaría la gente o qué aprenderíamos de sus culturas. ¿Acaso sería tan caótica y desordenada como Marruecos? ¿Veríamos la pobreza extrema como sucedió en la ciudad de Fez? ¿Tendríamos problemas estomacales? En ese momento ya había visitado dos veces el país de los camellos y de la cordillera del Atlas y en ambas ocasiones tuve la visita del dolor estomacal; eso sí que me preocupaba un poco, aunque ya era un experto en el tema y tanto el Fortasec como el Suero Oral ya eran dos conocidos compañeros de viaje. Poco a poco, y después de tantas preguntas sin respuesta que se formulaban dentro de mí, caí en mi último sueño antes del viaje.

Doce horas después de dejar Barcelona llegamos al aeropuerto internacional de Mumbai. Doce horas que nos pusieron a prueba para ver si estábamos preparados, después del cansancio de dormir mal en el avión, para recorrer la ciudad de Bollywood. Teníamos dos días enteros para aclimatar nuestras cabezas y ver la realidad de un país que no tenía nada que ver con España, o eso nos decían. Eran las siete y nuestro primer día de viaje empezaba a tener forma.

El cielo amaneció gris a nuestra llegada, un color triste y pobre que reflejaba lo que habíamos ido oyendo de la vida en la India. No siempre son risas y alegrías en esta antigua colonia inglesa, nos decían algunos, y a veces la maldad del país se te presenta de cualquier manera y tu idea de lo que es para ti la realidad de la vida y del mundo desaparece para dar paso a otra opinión, nos decían otros. Ahora, y como más adelante veríamos, todas esas opiniones que escuchamos atentamente mientras preparábamos el viaje se hicieron realidad. Siempre he pensado que ese cielo nos estaba advirtiendo de lo que nos encontraríamos en el país de los *Tuk-tuks*, un cielo calmado y con un color que no inspiraba miedo, pero sí respeto. Unas nubes que no dejaban pasar los destellos del sol para dar los buenos días a los habitantes de la ciudad. Esos destellos que representarían la alegría y la felicidad de un país fantástico, pero que, a la vez, está manchado por las diferencias sociales.

Salimos del aeropuerto en busca de un taxi, así que seguimos las indicaciones de los paneles que nos guiaban a la zona donde cogerlos. Apenas salimos, ya percibíamos la primera diferencia respecto a España. La gente que no viaja tiene que esperar fuera de la terminal. Ya puede llover, nevar o que haya una catástrofe que allí no entra nadie. Los dos militares con sus herramientas de trabajo, unas majestuosas kaláshnikov, que permanecían en cada puerta de las distintas entradas ya se encargaban de que así fuera. Ambos vigilaban de que todo siguiera su cauce y que nadie traspasara el gigantesco edificio sin un billete para viajar.

Al llegar a la zona de taxis fuimos hacia el conductor que nos asignaron y empezamos nuestro inesperado viaje.

—Buenos días —saludamos los dos.

Pero nada, tan solo una leve sonrisa del conductor se intuyó en sus labios, o quizás fue más mi sensación. Un hombre delgado,

de unos 50 años y con una camisa algo sucia, nos indicó dónde estaba su coche. Dejamos las maletas en el maletero del taxi y nos sentamos en la parte trasera del automóvil. Desde fuera vimos que, más que un medio de transporte, aquel coche era una caja de metal con cuatro ruedas, pero eso nos fascinaba. Empezábamos a ver la auténtica India.

No pasaron ni cinco segundos que se nos apareció la primera anécdota graciosa del viaje.

—Mireia, ¿has visto? El hombre apenas ve. No puede poner la llave en el contacto.

—¿Cómo que no? —me miró al mismo tiempo que hacía cara de sorprendida.

—Míralo tú misma.

En ese momento el conductor acercó su delgada cara hacia el cerrojo donde tenía que introducir las llaves para ver con más claridad dónde estaba la cerradura. El primer intento fue fallido y así sucesivamente hasta que unos quince o veinte segundos más tarde la suerte le dejó de dar la espalda. Después de la curiosa situación dio un suave toque con la mano izquierda hacia la derecha y el motor cogió la suficiente potencia para arrancar. A los dos se nos dibujó una pequeña sonrisa en la cara, pues ese momento nos excitaba y a la vez nos incomodaba. Esa sensación que nos indicaba el comienzo de un apasionante viaje de treinta y cinco días. Tan solo quedaba por descubrir si era un gran conductor, como Fernando Alonso, o más bien un *kamikaze* en el asfalto, como el colombiano Juan Pablo Montoya, y viendo que apenas podía ver más allá del volante, nos decantamos por la segunda opción.

Nuestro esperado Fernando Alonso se convirtió rápidamente en nuestro Juan Pablo Montoya versión India, pero segundos más

tarde de entrar en la autopista nos dimos cuenta de que no era digno de llevar semejante etiqueta, porque todos eran igual de lunáticos en la carretera: todos se merecían ese apodo. La autopista era una especie de jungla alargada y gris llena de autos en los que reinaba el caos. Nos adelantaban por la derecha, por la izquierda, nos apartaban de nuestro carril y a la vez nuestro Juan Pablo Montoya hacía lo mismo con los demás. Todos eran unos auténticos depredadores del asfalto. Poco a poco entendimos que eso era lo más normal del mundo.

Pasaron unos quince minutos y entramos en la ciudad. Lo que más me sorprendió fue la cantidad de pobreza que se reflejaba en las casas y, a la vez, los inmensos rascacielos que se mezclaban con el resto de edificios. Casas hechas de piedra, de ladrillos, de metal o madera, de dos o tres pisos junto con auténticos gigantes de la construcción que no tenían nada que envidiar a las torres Mapfre de Barcelona. Pasaron los minutos y cada dos por tres veíamos como nuestro «experto» conductor se tiraba encima de otro coche o a la inversa. Que si se saltaba un semáforo, que si una moto se ponía en dirección contraria pasando entre nuestro taxi y otros automóviles para llegar a su destino, mujeres y niños cruzando la calle con las motos, autos y camiones en marcha, gente vendiendo fruta a escasos centímetros de autos en movimiento, entre otros...

—Mira ese, lo van a atropellar —me decía Mireia.

—¿Y este? ¿Nos quiere llevar al otro mundo? Son unos salvajes —le decía yo.

Fue un trayecto que nos tomamos con entusiasmo y sin miedo. Enseguida, vimos que esta situación formaba parte de su cultura y las informaciones sobre el país estudiadas previamente nos informaban de la conducción temeraria de sus habitantes. Ese momento me encantó, caos, locura, pero sobre todo estaba

contemplando la realidad de lo que quería mirar, la auténtica India. Ese país que enamora a unos y a la vez se deja odiar por otros, un territorio que te da fuerzas para seguir con tus retos personales o te provoca semejante horror que anticipas el regreso a casa. A mí esa situación me daba alas para seguir descubriendo ese desconocido territorio. Lo que no me esperaba en ningún momento es que esa anécdota tan solo sería una débil pincelada del gigantesco cuadro que representaría ese viaje. En ese momento entendí las palabras de Josan Ruiz donde hablaba de la esencia de la India: «La India encierra un universo en sí misma, capaz de atraer y desalentar a todo tipo de personas. Para mí, acudir a esa tierra es como visitar a unos parientes lejanos de los que no se tienen noticias. Gente en apariencia diferente —en algunos aspectos, casi opuesta— y con la que, sin embargo, existe una sintonía especial. Un país que acoge una de las civilizaciones más antiguas del planeta, sin nada que envidiar a occidente a nivel filosófico o artístico, capaz de exportar *software* informático y ser la cuna de varias de las grandes religiones de la humanidad»¹.

1 Ver el artículo «La paradoja permanente», publicado en la revista *Altair. Por el norte de la India*, número 38, p. 26.



3 LA VIDA DEL GANGES

El despertador nos daba los buenos días como había hecho las mañanas anteriores desde que llegamos a la India, con la diferencia de que poco a poco nuestros oídos empezaban a relacionar ese sonido con una sensación de cansancio. Por suerte tan solo llevábamos tres noches de viaje y estábamos ansiosos por conocer un nuevo día en esta tierra que empezábamos a entender. Tan solo eran las ocho de la mañana y ya estábamos activos para ver ante nosotros cualquier situación que nos hiciera acercarnos a la cultura que nos rodeaba. La ciudad que nos tocaba conocer era ni más ni menos que la histórica ciudad de Benarés o Varanasi, situada en el río Ganges.

Según la *Lonely Planet*, catalogada como la guía más importante de nuestra era, Benarés es la ciudad que uno imaginaba. De lo más pintoresco y fascinante del mundo, Benarés sorprende en cada esquina. Y sigue describiéndonosla de la siguiente manera: «Esta ciudad, entre las más antiguas del mundo habitadas sin interrupción, es de las más sagradas del hinduismo. Los peregrinos acuden a los *ghats* del Ganges para lavar sus pecados en las sagradas aguas o incinerar a sus seres queridos. Es un lugar de lo más propicio para morir, pues garantiza al alma *moksha* (liberación del ciclo de las reencarnaciones)» (2016: 377).

La ciudad se iba despertando al mismo tiempo que la vida de la calle aumentaba. Camino a la escuela, un grupo de niños reía alegremente con sus uniformes de colegio, mientras sus padres ya estaban trabajando haciendo horas extras para ganar más

dinero. A pocos metros de ellos, algunos hombres conversaban a un costado de la acera. La gesticulación en sus brazos nos hacía creer que estábamos a punto de presenciar una pelea callejera, aunque todo formaba parte del lenguaje corporal de esa intensa conversación. En medio de la carretera, tres enormes vacas descansaban tranquilamente mientras taxis y *rickshaws* hacían malabares para no tocar al que consideraban un animal sagrado. Y un grupo de mujeres, con sus *burkas* negros, paseaban juntas mientras apartaban con sus gritos a unos gatos que les impedían el paso. Esa era la esencia de Benarés y de su cultura. El caos y la circulación reinaban en las calles; simultáneamente la contaminación se notaba en los pulmones.

—Vamos a los *ghats*, ¿no? —me preguntó Mireia.

—¿Qué te parece si empezamos por alguno que esté más cerca y vamos haciendo un circuito visitando el resto de *ghats* de la ciudad? —le propuse.

—Vale, el más cercano es el Prachin Hanuman Ghat. ¿Empezamos por ese?

Después de una refrescante ducha preparamos las mochilas, nuestras fieles compañeras, y salimos del hotel en busca de aventuras. Al cruzar la puerta principal nos despedimos de Adil, uno de los recepcionistas, que nos saludó con un caloroso «buenos días».

—Qué calor hace hoy. Me parece que tendremos que comprar unas botellas de agua bien frías —me dijo Mireia al abrir la puerta del hotel.

Sin duda, pensé. El día sería duro con el calor que hacía en esa ciudad y lo mejor era hidratarse correctamente.

A los pocos minutos de andar y de acercarnos a los principales *ghats* de la ciudad, el bullicio de la gente era cada vez mayor. Los

peregrinos, todos vestidos de naranja, iban en fila rezando mientras esquivaban autos, motos, *rickshaws* o vendedores de frutas que se ponían a los laterales de las calles. Los comerciantes de las tiendas salían a la calle para llamar la atención de algún turista para que comprase algún *souvenir* a sus familiares y amigos, mientras que el tráfico apenas avanzaba por la cantidad de gente que circulaba en la zona.

A los pocos minutos, llegamos a Prachin Hanuman Ghat; no se tenía que ser muy listo para adivinar que ya estábamos a escasos metros. Entre la multitud se podía apreciar cabezas rubias de turistas del norte de Europa que iban a contemplar lo mismo que nosotros. Además, cantidad de gente nativa, te ofrecía que comprases alguna de sus colecciones de pulseras o cestos, entre otros objetos, o simplemente te vendían algún *tour* turístico. Como se notaba que nos encontrábamos en un lugar donde el turismo estaba presente. Y cuando hay turismo significa que estamos cerca de llegar al destino.

Y, efectivamente, acertamos. De la nada apareció ante nosotros el río Ganges, el que es seguramente el río más importante del país. Cantidad de gente se bañaba en los *ghats* mientras otros esperaban su turno. Los más pequeños hacían peleas en el agua mientras los ancianos se ayudaban unos a otros fregando la espalda del amigo de al lado. Las mujeres, siempre en grupo y con sus *burkas* o *saris* tapando su cuerpo, hablaban relajadamente, intentando no ser el centro de atención. Los hombres, por su parte, desaparecían por debajo del agua tomándose un buen chapuzón para luego salir disparados hacia la superficie con cara de satisfacción. Sin duda aquella situación era una realidad de la vida de Benarés que era digna de observar y en cierta medida forma parte de ella. Pero lo más curioso es que el Ganges es un río sagrado para millones de personas de las cuales decenas de

miles de ellas se bañan diariamente en sus aguas contaminadas poniendo en riesgo su salud. Alexis Malla² nos dice lo siguiente de este río sagrado: «Aparentemente no parece que el agua esté muy sucia, pero según leo en la guía, cada día unas 60.000 personas bajan por los siete kilómetros de *ghats* para hacerse un baño sagrado, y en esta misma zona se tiran treinta colectores de alcantarillado. A su paso por Benarés, el Ganges (la gran madre, como lo conocen los hindúes) está tan contaminado que el agua es séptica: no contiene oxígeno disuelto. Según muestras extraídas, el agua contiene 1,5 millones de bacterias fecales por cada cien milímetros de agua, cuando en un agua segura para bañarse esta cifra debería ser inferior a 500» (2017: 293).

A los pocos minutos de contemplar la situación y ver los rostros de felicidad de cada uno de los presentes, nos pusimos de acuerdo para ir a ver algún crematorio; una de las paradas obligadas que teníamos en mente hacer en Benarés.

Minutos después de salir de nuestro primer *Ghat* el bullicio de la gente disminuyó notablemente. De repente, pasamos de andar por calles principales, donde el ruido y el caos se mezclaban sin problemas, a callejones que se cruzaban entre ellos como si fueran laberintos hechos solo para personas con un privilegiado sentido de la orientación. Y, claro, allí estaban ellos, nuestros salvavidas de los callejones. Hombres locales que te miraban con cara de dólar.

—¿Necesitáis ayuda, chicos?

Un hombre delgado de unos 50 años y con un pelo gris canoso se paró justo delante de nosotros. Los pómulos de la cara se le marcaban a causa de la desnutrición, las uñas de las manos eran

2 Ver *11 meses i 3 països (11 meses y tres païses)*, libro publicado por Nova Casa Editorial.

de un considerable tamaño y sus dientes los podías contar con el dedo de una mano. Por suerte, Mireia y yo formábamos un buen equipo para orientarnos y no necesitábamos ayuda de aquellos ángeles de los callejones que eran para algunos turistas.

El humo estaba cada vez más espeso. El escozor de nuestros ojos era pronunciado y molesto y el aire cargado con los olores de la madera quemada, incienso y un aroma de barbacoa, nos obligaba a respirar de una forma entrecortada y rápida. Pilas de madera ardían a lo largo de la ribera del río custodiadas por hombres con el fin de mantenerlas encendidas. En cada una de ellas se podían ver cuerpos sin vida quemándose lentamente mientras las llamas deshacían poco a poco los cuerpos de los muertos hasta dejar solo las cenizas. Se podía diferenciar en algunos pilares brazos o piernas del difunto en llamas que sobrepasaban la frontera del fuego y dejaban ver la carne calcinada. Las hogueras se mantenían ardiendo hasta que solo quedaban cenizas, pero solo si los dolientes pueden darse el lujo de quemar la suficiente madera.

Tuvimos la suerte de presenciar en uno de los pilares de madera como la familia ponía el cuerpo del difunto encima de ella, y uno de los presentes cogía una antorcha cubierta de fuego para encender el cuerpo. Estuve minutos observando aquel funeral hindú. Me fascinaba observar cómo los varones de la familia —ya que a las mujeres se les prohíbe el paso porque se las considera que no están preparadas emocionalmente para ver semejante ritual— esperaban inmóviles a que el cuerpo se quemara del todo. Unas miradas que parecían que estuvieran enfocadas más allá del difunto y recordaran aquellos momentos que pasaron juntos con la persona que ya nunca más verían.

Después de presenciar la impactante ceremonia que nos conmovió tanto, tocaba el momento de dejar que nuestras mentes

asimilaran todo aquello que habían percibido a través de los ojos. Así que aprovechamos la ocasión para pensar en lo que habíamos presenciado acompañados de un *lassi*. Una peculiar bebida refrescante del país hecha de yogur y acompañada distintas variedades de fruta.

En la India tuve dos grandes vicios a los que no pude resistirme. Era como aquel niño con su juguete preferido de la infancia. Si cruzábamos por delante de una tienda de *lassis*, allí estaba yo como fiel consumidor. Si veía algún turista con uno de ellos en la mano, le preguntaba dónde lo había comprado. Ese era mi pequeño placer de aquel verano de 2015. Mi tentempié entre horas que me mantenía fresco por dentro y que me daba un punto de energía con sus frutas incorporadas al batido. El otro pequeño placer de ese verano fueron los *naans*, el pan típico del país. A diferencia del *lassi*, este lo consumía en las comidas y cenas.

El local era realmente pequeño y a la vez auténtico. Dos hombres eran los encargados de llevarlo. Uno que estaba sentado justo delante de la estrecha calle, preparaba el *lassi* en un gigantesco bol en el que curiosos y transeúntes podían ver todo el proceso. El otro era el encargado de pedir la comanda y traérnosla después de que su compañero de trabajo los hiciera a la vista de cualquiera que se le ocurriera pasar por allí. El espacio del local era considerablemente pequeño pero a la vez fascinante. Los consumidores, todos turistas europeos, japoneses o americanos, estábamos apretujados en tres bancos que se encontraban alrededor de la única mesa del local, conversando o simplemente leyendo.

4 ADIL

Por la tarde, después de ver los *ghats* y los crematorios de Benarés, quedamos con Adil, el recepcionista del hotel. Mi-reia le preguntó si sabía de alguna fábrica de *saris* o tejidos en general. Como no, Adil nos ayudó encantado, lo que no esperábamos es que él mismo nos llevara al lugar y de la forma en que nos lo hizo. Una hora más tarde de dejar las mochilas y descansar un poco de la intensa mañana, bajamos a recepción.

—Adil, ¿pero qué haces? —los dos nos mirábamos con cara de sorprendidos mientras le preguntábamos si lo que veíamos era cierto o no.

—¡Venga, chicos, que nos están esperando!, ¡vamos! —nos dijo con su amable sonrisa.

Delante de nuestros ojos Adil esperaba con una moto que parecía que estuviera hecha en la época de la II Guerra Mundial. No se tenía que ser un experto en mecánica para ver que aquella moto había recorrido miles de kilómetros y por carreteras que tenían poco asfalto. El color negro de la moto se mezclaba con el marrón del barro y el polvo, los retrovisores no formaban parte de aquella peculiar motocicleta y la amortiguación no parecía que fuera de la mejor calidad. Me la quedé mirando unos segundos y comprobé que en la parte delantera, justo encima del foco, el logotipo de Honda había perdido un par de letras dejando leer *hon*. ¿Y aquí quería que subiéramos los tres? Por mi parte no se tenía que formular la pregunta dos veces. ¿Tres personas en una moto

en la India? Pero si es el pan de cada día. Hacer eso era introducirse un poquito más en la cultura del país y soy de los que piensa que si quieres experimentar la vida de otras culturas lo mejor es formar parte de ellas haciendo aquellas cosas que la población local hace.

Me sorprende cuando vas a países que están en la otra punta del mundo y te encuentras a gente que se pasa ocho días en el país. Una pareja de Sabadell (Barcelona) que nos encontramos en Nueva Delhi nos comentó que pasaban ocho días en el país para conocer la cultura y su gente. Así solo te llevas una pincelada de las tres o cuatro paradas que visitas durante el viaje. La India es un país muy grande geográficamente donde conviven decenas de culturas y religiones. Nosotros con 35 días nos quedamos cortos y sin ver realidades y lugares que nos quedan ahora pendientes. Y cuando fui a Vietnam con mi amigo Pol también conocimos una pareja de Madrid que estaba ocho días en el país del sudeste asiático. Insuficiente para tener una buena perspectiva del lugar.

—Venga, chicos, vámonos, que llegaremos tarde. —La cara de Adil radiaba de felicidad. Creo que se sentía bien consigo mismo al poder ayudar a la petición de dos chicos que tenían ganas de ver algo distinto de la ciudad.

—¿Nosotros llevamos cascos o no? —Le hice esa pregunta mientras buscaba algún casco a mí alrededor.

—No, vamos. Decidid quién va en medio y quién detrás.

Segundos después los tres avanzamos con la motocicleta, adelantando grupos de personas, *rickshaws*, algún carro tirado por algún caballo o pasábamos esquivando alguna vaca que impedía que el tránsito fluyera a una velocidad más rápida. A los pocos minutos dejamos atrás el casco antiguo de la ciudad y cogimos la carretera que cruzaba Benarés. La sensación de libertad

y aventura se mezclaban de tal forma que queríamos que eso no terminase. Y encima nuestra única protección eran las mochilas que llevábamos en las espaldas. Con la cabeza descubierta la seguridad quedaba muy reducida y eso me hacía aumentar la adrenalina.

Esas son las cosas que por un segundo dejas todo aparcado para disfrutar del momento. Para rematar la experiencia, nos pusimos en la dirección contraria de la carretera, donde pasábamos a escasos metros de autos que iban en dirección contraria. Fueron diez minutos increíbles. Los sentimientos y sensaciones se mezclaban y chocaban unas con las otras sin saber exactamente qué me pedía el cuerpo. No sabía si pedirle a Adil que parara o siguiera eternamente conduciendo aquella honda sin retrovisores.

Al llegar a la pequeña fábrica, una decena de personas nos esperaba para enseñarnos las telas y los *saris*. Mireia parecía una princesa y los vendedores sus sirvientes mientras le ensañaban los distintos tejidos y colores. Era fascinante ver cómo dominaba la materia y como es diseñadora de modas no se le escapaba ni una.

—Este tejido es de buenísima calidad —le decía uno de los vendedores.

—No, fíjese, este tejido no tiene la misma calidad que el del *sari* anterior. Toque usted misma la tela. —La cara de Mireia era de «no me tomes el pelo que sé lo mismo o más que tú» mientras enseñaba una sonrisa de chica buena y dulce al vendedor.

—Pero, señorita, ¿cómo me puede decir esto? Llevo años en el mundo de los *saris* y las telas.

En la cara del vendedor se notaba cierta incomodidad. Veía ante sus ojos una chica de Europa que tenía los 22 años recién cumplidos y no sería un cliente fácil.

—Este tejido no tiene el tacto del anterior, tóquelo usted mismo. Aparte se pueden ver imperfecciones en la tela y no está bien cosido. Le compro a una tercera parte del precio que me pide.

La rebeldía de aquella joven chica de occidente no dejaba más que cuestionar si el hombre sería capaz de vender algo a un precio mucho superior al real. Así que compañeros del sector empezaron a mirar con curiosidad el intercambio de opiniones y se sumaron a la conversación. Minutos después una decena de personas estaban analizando cada movimiento de los dos interlocutores. Mientras yo esperaba a un lado de la sala pensando que aquellos pobres hombres tenían la batalla perdida. Dos años con Mireia me habían brindado la oportunidad de saber que con los temas que domina pocos están a su altura, y quizás la moda es su tema estrella. Y esos comerciantes, que formaban parte de uno de los países más importantes de aquel producto, eran vencidos por una joven occidental.

—Muy bien, me quedo con estos tres al precio de uno.

Las caras de los presentes no se lo podían creer. Menuda tozudez. No había manera de ganar algún dólar de más. El comerciante vaciló unos segundos y le multiplicó el precio que Mireia dio. En ese momento Mireia me miró y se le escapó una sonrisa de «esto es mío al precio que yo diga».

—No, entonces no hay trato, pero gracias por su amabilidad y su tiempo. —Mientras una sonrisa de tranquilidad se dibujaba en la cara de aquella chica rebelde.

Los hombres de la fábrica empezaron a hablar entre ellos sin que entendiéramos nada. Las caras eran de desacuerdo entre unos y otros. Parecía que algunos querían aceptar la oferta de la compradora y otros querían sacar tajada. Finalmente Mireia se llevó las tres prendas al precio de una. Al salir del local la cara de triunfo era total en ella.

—Has hecho una compra buenísima —le dijo Adil a Mireia.

—Lo sé, pero sé que ellos también han salido ganando. Si no, no hubieran aceptado el precio.

—No creas, cuando hablaban entre ellos comentaban las ganancias extras que se llevaban eran mínimas. Uno de los que decidieron si te vendían las prendas o no, comentó que las compras del día habían sido muy buenas y que no pasaba nada si en esta venta no acumulaban una diferencia mayor. Aparte, les sorprendió tus conocimientos del producto.

—Gracias, Adil, esto me pone más contenta. Ahora me siento una experta en la compra del regateo —dijo Mireia entre risas.

Después de pasar una hora aproximadamente en una fábrica típica del país, distinta a las que hay delante de los sitios turísticos para extranjeros, decidimos volver al hotel a descansar. Aunque Benarés no es de las ciudades más reconocidas por los *saris*, cualquier ciudad del país domina sobre la materia y tiene productos de calidad. Poder ver una de aquellas fábricas donde se crea el producto y luego se vende al consumidor directamente era otra experiencia que sumaba en el viaje y que no todos tenían el privilegio de disfrutar.

De camino al hotel, Adil propuso llevarnos al día siguiente a visitar a sus tíos y primos que viven a las afueras de Benarés, para que pudiéramos conocer una familia típica de la zona. Según él, seríamos muy bien recibidos y podríamos ver y conocer un poco más de la vida de los indios. Nosotros, encantados, aceptamos la invitación.

El sol empezaba a custodiar la ciudad de Benarés desde el cielo mientras sus habitantes empezaban sus hazañas particulares para encarar un nuevo día. Los más pequeños, con sus mochilas en las espaldas, se dirigían a las clases mientras los adultos

seguían con sus obligaciones del día anterior. El caos del tránsito empezaba a dar señales de vida a través de los gritos de los conductores y los pitidos de los cláxones. Aquella mezcla de sonidos formaba parte de cada nuevo día en la India desde que salía el sol por el este hasta que desaparecía por el oeste. Ese ruido, muy molesto para las orejas de los que no estamos acostumbrados, te acompañaba a todas partes de las grandes ciudades. Incluso en los pequeños pueblos como Munnar la tregua del tráfico era por poco tiempo.

—Buenos días, chicos, ¿han dormido bien?

—Muy bien, Adil, gracias. Qué calor, ¿no? —le pregunté.

—Bueno, sí. Pero para nosotros no es una novedad. ¿En España hace este calor?

—Bueno, en julio y agosto se puede acercar, pero tenemos meses donde la temperatura puede ser bajo cero.

—Aquí siempre es igual —nos comentó con cara de «este calor lo tengo más que superado».

Un conocido de Adil nos vino a buscar en taxi. Nos dejaba un precio muy asequible, precio de local, para ir a las afueras de la ciudad. Durante el viaje le preguntamos a nuestro nuevo amigo cosas sobre la cultura, la gastronomía y otras inquietudes sobre la India. Él nos resolvía nuestras dudas sin problemas y a la vez nos preguntaba curiosidades de España. La conversación fue muy interesante y nos sirvió para aprender más del territorio.

Media hora después llegamos a un barrio que parecía abandonado. Apenas se veían personas y los perros y gatos eran los únicos transeúntes de aquellas calles de barro y tierra. A los cinco minutos de circular por el barrio nos detuvimos en un callejón sin salida. El conductor bajó del coche y Adil y nosotros seguimos sus pasos. Justo delante del auto había una casa de tres pisos,

que parecía de una familia más o menos acomodada. Adil echó una mirada rápida desde fuera y seguidamente se acercó a la puerta principal de la misma casa. Aguantó la mirada durante unos segundos buscando algo en el interior de aquel sitio. Al ver que no había movimiento, picó la puerta con su mano e, instantes después, apareció una chica de unos 20 años. La chica salió disparada a recibir a su primo entre sonrisas y nuestro nuevo amigo hizo lo mismo. Los dos juntos irradiaban un amor de primos que nunca he visto antes.

Muchas zonas de la India, sobre todo en las zonas más rurales, la importancia de la familia es uno de los valores más sagrados. La familia significa todo y se debe luchar por el bienestar de ella.

En el caso de esta familia ese amor era palpable en el ambiente. Segundos después, la tía de Adil y dos primos más, estos de unos 10 años, aparecieron del interior de la casa para saludar al recién llegado. Instantes más tarde de ver la cariñosa escena, y después de haber recorrido cada rincón de la casa con la prima de Adil como guía, nos sentamos en el salón principal mientras su tía preparaba un *chai*.

Durante un buen rato, con la compañía del *chai* y distintas clases de frutos secos, estuvimos compartiendo conocimientos de los dos países. La prima de Adil hablaba un buen inglés, mientras que para comunicarnos con la tía necesitábamos a Adil como traductor. Esta nos enseñó fotos de su boda y la importancia que tiene cada detalle de la ceremonia. Los días anteriores, los posteriores, el vestido, el ritual con las familias, los que iban a la boda... También aprovechamos para preguntar dónde estaban los varones de la casa. Y, como ya nos imaginamos, estos estaban trabajando mientras las mujeres hacían las labores de casa. Aunque la India poco a poco va desarrollándose, las diferencias de oportunidades entre castas y sexos aún son muy notables.

Las mujeres apenas tienen trabajos dignos y los que existen son bastante precarios.

Después de un largo rato hablando sobre las diferencias entre culturas, religiones, formas de pensar y hacer, gastronomía o vivencias, era momento de volver a Benarés. Por la tarde teníamos que coger un tren y tan solo faltaban dos horas para que saliera de la ciudad. Teníamos que darnos prisa ya que el caos de las estaciones de trenes era agobiante para los inexpertos como nosotros, aunque a la vez eran realmente dignas de presenciar. Pero antes tocaba hacer una foto de grupo. Estuvimos cinco minutos haciendo decenas de fotos como recuerdo. Poco después nos despedimos de aquella agradable familia y nos dirigimos hacia la estación de trenes principal de la ciudad.

En el auto, de camino a la estación, estuvimos conversando sobre aquella bonita experiencia con la familia de Adil.

—Qué familia más agradable que tienes, compañero. —Tanto Mireia como yo estábamos encantados de poder haber vivido semejante trato con aquellos desconocidos.

—Gracias. Son buena gente. Para nosotros la familia es muy importante.

—Sí, nos hemos dado cuenta. ¿Cada cuánto os veis más o menos?

—Un par de veces al año, aquí no hay tiempo para ver a los familiares. Primero toca trabajar y trabajar para ganar dinero para los tuyos. Después, si hay tiempo, los ves.

Esas palabras de nuestro amigo nos dolieron. Trabajar y trabajar para los tuyos, pero para luego no verlos. No tenía mucho sentido, como otras cosas que sucedían en la India. Aún nos faltaba mucho por aprender en aquel país y ese no iba a ser el día para entender cada detalle de su cultura. Aún teníamos por delante muchos días y experiencias para saborear la realidad de un país muy distinto al nuestro.

5 CAOS EN LOS ANDENES

¿Están muertos o es cosa de mi imaginación? No se mueven. ¿Por qué la gente no hace nada? ¿Y esos que están al final del andén, al lado de las basuras y apoyados en la pared, están viviendo sus últimos días? Supongo que las costillas que se marcan en sus cuerpos auguran semejante destino. Están desnutridos, tapados por unos trapos que tan solo cubren su cintura y parecen invisibles ante la multitud. La mujer que pide limosna cubierta por el *niqab* parece seguir los mismos pasos. Sus huesos se entrevén a través del vestido indio. ¿Y el resto de gente por qué no hace nada? ¿Por qué no socorren a esas almas enfermas encerradas en aquellos cuerpos inmóviles? ¿Es que no lo ven? A centímetros, centenares de hombres y mujeres iban y venían sin pararse ni un instante a socorrer a esos pobres seres vivos de su misma especie. Una marabunta humana sin un rumbo concreto a dónde ir. En ese momento una sensación de tristeza, rabia y resignación aparecía de forma instantánea a cada centímetro de mi cuerpo. Podía ver de forma clara y evidente las diferencias sociales que se vivían en el país. En ese momento recordé un fragmento del libro *La sociedad de las castas* de Agustín Páni-ker que decía lo siguiente: «La India copa los noticiarios cada vez con más frecuencia como emergente potencia económica. Pero su imagen como espacio de la pobreza, la injusticia y la catástrofe sigue siendo honda. Y, sin duda, esta es la India que muchos no indios tienen en mente cuando se les menciona los intocables. Una India de chabolas, donde cientos de millones de personas

viven misérrimamente, soportando con estoicismo su mal *karma*, con la única esperanza de que una oenegé pueda sacarlos de su condición» (2014: 217).

Los que salían de los trenes se hacían su propio camino a base de empujones y gritos desafiantes para salir de la estación, los que buscaban el andén de su tren se paraban dudando por dónde seguir, provocando un caos a su alrededor de gente que lo esquivaba como podía y los interesados en el turismo seguían a los pocos grupos de extranjeros para venderles sus servicios encontrándoles su tren. La policía, en parejas o grupos de tres, rondaban por la estación esperando algún carterista en acción. Las mujeres se juntaban con sus hijos mientras el marido buscaba la solución del enigma de donde estaba el tren que esperaban. Los que no tenían un tren para coger simplemente deambulaban entre la multitud a que algún alma caritativa les diera limosna para apaciguar su desnutrición. Los niños de las calles andaban por las vías en busca de algún resto de comida sin preocupaciones por la llegada de algún tren. Y los mayores sin hogar, miraban en cada basura de la estación, buscando ropa o zapatos de su talla.

—Hola, ¿me das tus deportivas? —Un hombre, que parecía que tuviera alrededor de 60 años me miraba fijamente a los ojos mientras me formulaba la pregunta y me señalaba mis Asics. Llevaba puesta una camisa naranja de manga larga con un pañuelo amarillo alrededor del cuello y por encima de este unos collares de bolas marrones. Su cara estaba marcada por unos pómulos y una alargada y gran nariz que desentonaban con el resto de su rostro. La barba, canosa y alargada, se mezclaba con los pelos más largos del bigote. Sus piernas, descubiertas por los pantalones rotos y desteñidos, estaban rozando la desnutrición. Las venas que pasaban por los gemelos resaltaban a la

vista de cualquiera, mientras que la tibia y el peroné estaban cubiertos por una capa finísima de piel podrida y heridas abiertas.

—Lo siento, amigo, pero las necesito para el resto del viaje.

En ese momento apareció en mi conciencia ese ser interior, bondadoso y humanitario, que me miraba con cara de duda. «¿Para qué quieres tú esas deportivas? En Barcelona te puedes comprar las que quieras. Sabes de sobras que le harán más favor a él que a ti». En aquel instante, mientras rechazaba la oferta de aquel hombre, una parte de mí reclamaba una justificación de mi negativa. Pero, por otro lado, nos faltaba mucho camino por recorrer, como hacer *trekking* por la sierra del Himalaya, cruzar algún posible monzón o andar por calles de las grandes ciudades con su poca higiene. Prefería tener mis pies protegidos antes de coger alguna infección. ¿Cobarde? Quizás, sí, pero previsible a la vez. ¿Tú sabrás qué haces con tu conciencia luego, compañero? Me decía, dando por terminada mi conversación interna.

—Si quieres nos las cambiamos —me decía el hombre señalándome dos sandalias azules envueltas por todas partes por el polvo de las calles, haciendo de ellas una mezcla de azul y marrón.

—No puedo, ya llevo unas parecidas en la mochila, pero gracias por el interés. Mientras, me miraba aquellas pobres sandalias y a la vez esa mirada de decepción en el rostro de ese pobre hombre.

Instantes después de aquella conversación Adil nos advirtió:

—Chicos, vigilad. Ahora habrá problemas para subir al tren que está a punto de llegar. Tirad hacia atrás para que no os hagan daño.

Mireia y yo nos miramos a nuestro guía improvisado a la espera de que nos diera una mejor definición de aquel problema. Pero él solo nos apartó con sus manos dándonos un pequeño empujón hacia atrás.

No pasaron más de unos minutos y aquella marabunta humana que circulaba por la estación principal de Benarés se acumuló en el mismo andén que estábamos nosotros. Al otro lado de esta, llegaba un tren con dirección a Calcuta. De repente, miles de personas se agolparon a las puertas laterales del tren, solo dos por vagón. Los que intentaban salir gritaban como si el tren se estuviera quemando con ellos dentro pidiendo que les dejaran salir. Desgraciadamente toda la situación que se desarrollaba delante de nuestros ojos se narraba en hindú o alguna lengua derivada de esta y no podía descifrar ninguna sola palabra. Por suerte los gestos corporales de las personas que formaban aquella marabunta, me servían de lectura para seguir el guion. Los que querían entrar se peleaban entre ellos para introducirse dentro de la gigantesca caja de hierro. Los más ágiles saltaban por la ventana, con la ayuda de los de dentro, para coger un pequeño espacio en el interior de aquel tren abarrotado de personas. Mientras, los resignados chillaban y hacían gestos de odio a los que conquistaban el interior del tren. Otros, desde fuera, introducían por la ventana maletas de tamaño xxxl a la espera de que algún alma caritativa les controlara las pertenencias hasta que llegaran a ellas, y los más listos rodeaban el tren para entrar por las ventanas que daban a la vía lateral con trenes que circulaban en marcha.

—¿Y la policía? ¿Dónde narices está la policía para controlar tanto desorden? —Miré por todos lados, pero ni rastro. Fue en ese momento cuando me fijé que el resto de curiosos, todos ellos nativos, le restaba importancia a la situación. Okey, entendido. Es el pan de cada día y no hay por que preocuparse.

Minutos después de que el tren dirección Calcuta se fuera con los vencedores por la conquista de los vagones, llegó el nuestro. Una voz apareció por los megáfonos de la estación.

—Tren dirección Nueva Delhi, andén tres. Entrando a la estación. En ese momento miré alrededor nuestro y parecía calmado. No se veía una multitud que viniera hacia nosotros para entrar en el mismo tren. La gente esperaba tranquila a un lado del andén dibujando un pasillo para que el resto de personas pudieran circular. A pocos metros vimos a una pareja de turistas con sus mochilas, ojeando una guía de la India y esperando el mismo tren.

—Chicos, ya está aquí. Os acompaño dentro y me despido de vosotros —dijo Adil.

En ese instante me salió de dentro darle un fuerte abrazo. Si no llega a ser por él quizás ahora aún estaríamos buscando el andén de nuestro tren o, incluso, aún estaríamos de camino para llegar a la estación, sin dejar de lado que gracias a su amabilidad pudimos disfrutar de una mañana con una familia india, su familia. Para nosotros esos gestos iban cargados de valores como amistad, solidaridad y amabilidad entre otros.

—Gracias, amigo. Espero volver a verte algún día —le respondí. En ese momento Mireia me imitó y le dio un fuerte abrazo.

Entramos dentro del vagón y buscamos nuestros asientos. Los compartimentos eran similares a los que hice en una ruta en tren de Praga a Budapest en el año 2010 con tres amigos más, con la diferencia que aquellos eran sin la compañía de pequeños insectos dispuestos a darte la noche y en vez de dos camas de altura en cada compartimento tenía tres. Allí nos despedimos finalmente de nuestro amigo; Adil nos escribió su dirección en un papel por si algún día se nos ocurría volver a la India. No tenía móvil y tampoco se podía permitir tener uno. Salió del tren y esperó en el andén hasta que se marchara. Cuando este empezó a moverse la silueta de aquel joven y fantástica persona se hizo más y más pequeña hasta que desapareció. Me quedé mirando el papel con su dirección escrita. Dentro de mí sabía que

difícilmente algún día volvería por Benarés, aunque nunca es tarde para los buenos reencuentros.

Fuera, el sol se apagaba lentamente por los campos de arroz. El cielo, de color naranja, iluminaba los pequeños poblados que cruzábamos en tren y la vegetación verde de árboles y arrozales. Teníamos un trayecto largo de doce horas hasta llegar a Khajuraho. Una noche larga en aquella caja metálica y azul, sin agua y sin ventilación pues no funcionaba. Suerte de las botellas de agua que habíamos comprado en la estación y unas galletas que habíamos traído de Barcelona. Mientras contemplaba la belleza natural de los paisajes y el atardecer a través de una de las ventanas del tren, pensé en todo lo que habíamos vivido en solo cinco días de viaje. Aún nos quedaban treinta más por delante y no tenía ni idea de lo que nos depararían.

La ciudad de Benarés nos sorprendió. La cultura de las ceremonias, los crematorios, ir tres en moto sin casco y en contra dirección por las calles y carreteras, el caos de las estaciones de tren, los sintecho, desnutridos y cadavéricos, tumbados en las esquinas de las calles y estaciones invisibles al resto de personas; el cariño y la hospitalidad de una familia hindú... Todas esas imágenes vividas me venían a la mente mientras intentaba comprender, después de estos primeros días, un poco más de aquella cultura tan distinta a la nuestra. Aún necesitaba más tiempo, pero lo que sí sabía es que cada vez tenía ganas de conocer más de aquella gente.

6 HASSAN

De pequeño, cuando veía documentales de la 2 sobre la India o sobre las mejores creaciones arquitectónicas de la Tierra, siempre aparecía el Taj Mahal. Esa majestuosa obra de mármol blanco creada por la mano del hombre. Los expertos siempre decían lo mismo: «Es la mejor obra arquitectónica hecha por el hombre». Otros se adelantaban al tiempo y decían: «Nunca veremos una obra arquitectónica semejante» y los más atrevidos desafiaban a los avances tecnológicos de la arquitectura del futuro para afirmar: «Será la mejor obra arquitectónica de todos los tiempos, no habrá otra obra que la supere». Pero en mi cabeza siempre aparecía la pregunta de: «¿Es que no han visto nunca la Sagrada Familia. Nadie se ha molestado en buscar otras obras para ver si son mejores que el Taj Mahal?». Sin duda la Sagrada Familia es más grande, más ancha, más alta y mil veces más trabajada. Cada centímetro cuadrado de esta espectacular obra está decorado por algún relieve que lo hace diferente al más próximo. No hay dos iguales. Cada detalle es un signo del modernismo y la Sagrada Familia es la obra por excelencia de este estilo arquitectónico. ¿Y el Taj Mahal qué tiene aparte de cuatro pilares en cada esquina, una cúpula gigante en medio y cuatro más pequeñas que rodean la principal?

Días antes de empezar este viaje me informé sobre la historia de la obra mogola hecha en mármol blanco. Y sin duda observé y estudié decenas de fotos del Taj Mahal en distintas perspectivas, en distintos momentos del día con sus colores, en fotos

retocadas e, incluso, una con Tom Cruise. Quizás esta última me daba un cambio de opinión sobre la obra, pero no fue el caso. Seguía pensando que mi querida Sagrada Familia era mejor. Sin duda había dos lugares del viaje que para mí eran especiales visitar: la construcción conocida en todos los rincones del mundo y símbolo de la India, y la sierra del Himalaya. Quería ver si realmente me enamoraría de aquella obra blanca como habían hecho millones de personas que la tuvieron delante de sus ojos y averiguar si sentiría algo especial al verla por primera vez.

El cielo poco a poco se oscurecía. El sol hacía media hora que no se dejaba ver y las primeras gotas impactaban suavemente sobre el tren. Dentro, decenas de ojos nos miraban de forma curiosa mientras controlaban cada movimiento realizado por nuestros cuerpos o nuestras libretas con un cuadrado que ocupaba casi toda la página con una «x» en el interior. Ya no nos incomodaba, al contrario, ya éramos inmunes a la curiosidad de los nativos hacia nosotros.

—A4 —afirmé pensando que por fin daría en el blanco.

—Agua. —Su cara reflejaba ya el triunfo de la partida.

¿Dónde narices puso los barcos esta mujer? ¿O es que no los puso? No acierto ninguna. ¿Me estará tomando el pelo sin que me entere?

—D8. —Me miraba a la espera de averiguar si mi barco militar era derribado del todo.

—Tocado y hundido. —Mi cabeza empezaba a aceptar la derrota. O tenía barcos invisibles o era mejor estrategia que yo.

A centímetros de nosotros los compañeros de vagón miraban las dos libretas donde teníamos las coordenadas del juego y, a la vez, nos miraban intentando averiguar qué juego era ese. Algunos comentaban entre ellos la partida intentando comprender

las normas del juego, otros nos miraban fijamente con una mano en el mentón buscando alguna respuesta de cómo se jugaba y otros movían la cabeza arriba y abajo con signo de aprobación, como si aceptaran nuestros movimientos estratégicos en la partida. Eso también era la India. La curiosidad de los locales para entender la cultura de los turistas. Sus juegos, su vestimenta, sus religiones, sus platos, su arte, entre otros...

Preguntamos a uno de los chicos que seguía la partida si sabía cuántas paradas faltaban para llegar a Agra (ciudad donde está situado el Taj Mahal).

—Dos amigos. Primero viene una que está a las afueras de la ciudad y la segunda es en el centro.

—Gracias. —Mis piernas ya tenían ganas de moverse. Llevábamos seis horas en ese tren y necesitaba andar un rato para que la sangre circulara hasta los dedos de mis pies.

Veinte minutos más tarde la gente del vagón empezó a coger sus cosas para prepararse para salir. Entre ellos se veía algún turista con sus mochilas North Face o Quechua que se levantaba para dirigirse a alguna de las dos puertas de salida del vagón. Seguro que tenían decenas de anécdotas que contar del viaje, opiniones del país, que les gustaba más de la cultura o que comida les parecía más buena. Esas personas eran auténticos trotamundos acompañados de sus fieles mochilas. Sus vivencias y experiencias en muchas ocasiones eran dignas para ser escritas en libros. Con el título de *Experiencias de un mochilero* o *Máster para vivir con 2 euros al día en la India*.

La gente iba arriba y abajo. Algunos con sus maletas en busca de su andén, otros preguntaban la salida de la estación, unos pocos mendigaban en busca de algún alma caritativa y los de seguridad, como siempre, inmunes a todo lo que pasaba a su alrededor. Nosotros seguimos a la multitud y un minuto más tarde ya

estábamos fuera de la estación. Por enésima vez los conductores de *Tuk-Tuk* vieron en nosotros dinero fácil y rápidamente se acercaron a nosotros a preguntarnos a qué hotel íbamos.

—No, vamos mirando, gracias. —Con Mireia teníamos un trato. Siempre íbamos al conductor que menos caso nos hacía. Aquel que simplemente miraba, desde su pequeña motocicleta de tres ruedas cubierta por un techo de metal, mientras los otros se peleaban para conseguir dinero fácil.

Finalmente nos decidimos por un hombre de 1,80 de altura, con una barba tan espesa como los bosques del centro del Congo y con un color anaranjado por la *gena* pintada en los pelos rizados y enloquecidos de aquella barba. Su cuerpo no era como el de la mayoría, no se podían intuir sus huesos de la caja torácica o las clavículas como a otros compañeros de *Tuk-Tuks*. Más bien se podía intuir, en la túnica blanca que llevaba, una barriga de forma circular y robusta. La cabeza la llevaba completamente rapada menos por la parte frontal donde apenas le crecía el pelo. Tenía unos 45 años, su nombre Hassan, ¿su profesión? Conductor de *Tuk-Tuks* y timador de larga trayectoria.

Vino tranquilamente y nos preguntó dónde queríamos ir. Su inglés era mejor que el de la mayoría de los presentes que nos preguntaban lo mismo. Él simplemente se levantó de forma pausada y tranquila de su moto de tres ruedas y se acercó unos pocos metros para ver la situación. Ese era nuestro hombre. En ningún momento nos avasalló a preguntas, tan solo las formuló de forma amable. Poco después subíamos a su vehículo y nos dirigimos a uno de los hostales que nos recomendaba la *Lonely Planet*.

—¿De dónde sois, chicos? —Su mirada se concentraba en el retrovisor que tenía encima de su cabeza para mantener un contacto visual con nosotros. La circulación no era su preocupación principal. Supongo que para él conducir sin mirar la carretera era como ver la televisión tumbado en el sofá.

—España —le dijimos. Seguro que nos iba a decir que sabía dónde estaba, como la gran mayoría de personas que nos cruzamos durante el viaje.

—¿Barcelona o Madrid? —típica pregunta de los autóctonos de la India, y de otros países, que viven del turismo para sorprender a los turistas recién llegados, dando a entender que conocen cosas del país de origen de los nuevos visitantes para que estos se sientan cómodos con ellos. Este nos estaba llevando al territorio del «colegueo» con algún fin. Se intuía.

A veces me imagino a los conductores de taxis y *Tuk-Tuk* o de guías de ciudades haciendo un máster en conocimientos de cultura general de Europa, Estados Unidos y Australia para simpatizar con los turistas. Algo de gastronomía, deporte, meteorología, arquitectura, historia... Si no apruebas el examen no eres apto para llevar turistas, tus compañeros de trabajo se llevarán a los buenos clientes. ¿Y el carné de conducir? No es necesario, solo sirve para rellenar currículum.

—Barcelona —respondimos.

—¡¡¡Ohhhh!!! Messi, Neymar, Iniesta. —La cara del conductor era de admiración y sorpresa, de alegría por tener dos jóvenes chicos de Barcelona y culés a la vez. Demasiada alegría quizás.

—El mejor equipo de fútbol del mundo, ¿verdad? —Tenía ganas de ver la cara que haría el hombre después de hacerle la pregunta. Todos te venden la moto y te dicen lo que quieres escuchar a cambio de algo. Ese escondía ese algo, solo era cuestión de tiempo saber el qué.

—¡Sí, sí! El mejor. Cristiano Ronaldo no es bueno, Messi, sí. Y el Madrid no tan buenos jugadores como los del Barça.

En ese momento me gustaría ver sus respuestas si el que estuviera detrás de su *Tuk-Tuk* fuera un simpatizante o seguidor del Real Madrid.

—¿Cómo os llamáis, chicos? —nos preguntó siguiendo sus pasos de «colegueo» aprendidos en el máster para llevar turistas en su moto de tres ruedas.

—Mireia y Àlex —respondimos.

—Mi nombre es Hassan —nos dijo mientras se giraba, nos daba la mano y con la otra controlaba el manillar al mismo tiempo que le daba la espalda a la carretera con el vehículo en marcha.

Ya tenía casi todos los pasos hechos del máster, nos tenía en su mano para hacer esa pregunta con un único objetivo, el timo. Ahora solo era cuestión de poner esa cara angelical, de tipo enrollado que quiere ayudar al recién llegado, y sobre todo con el *plus* de que la oferta que te hará es a precio de amigo o de local. Nunca de turistas porque somos sus nuevos amigos, y los buenos amigos se ayudan.

—¿Qué haréis mañana, visitar el Taj Mahal?

—Sí —le dijimos mientras esperábamos a que lo terminara de soltar.

—¿A qué hora? —su cara expresa una especie de cálculo interno. Como si se estuviera aprendiendo nuestros nombres, el sitio del hotel, la hora de la visita al monumento por excelencia de la India, etc...

—Nuestra intención es ir a las seis y media de la mañana, cuando abran. Dicen que es el mejor momento para visitarlo, aparte del atardecer, y así aprovechamos el resto del día para visitar otras partes de la ciudad —respondió Mireia.

—Muy buena idea, chicos —su sonrisa era extremadamente enorme en ese momento cuando escuchó la respuesta de Mireia—. Si queréis os puedo llevar a hacer una vuelta por la ciudad después de la visita. Podemos ir al Agra Fort, al pequeño Taj Mahal, a ver una fábrica de mármol, podemos ir también a la otra

orilla del río para ver una perspectiva distinta del Taj Mahal, a las mejores tiendas de *saris* y al mejor restaurante de la ciudad.

En ese momento me quedé con las dos últimas propuestas. Al mejor local de *saris* y al mejor restaurante de la ciudad. Pero no nos dijo la comisión que se llevaba él si comprábamos o comíamos en esos sitios. Supongo que se le pasó.

—¿Qué hacemos, Àlex? —me dijo Mireia sin saber qué hacer.

—Por mí está bien. Aver qué nos dice del precio. —Tenía ganas de saber su cantidad. Hacía rato que se le veía las intenciones, pero lo del precio no lo tenía claro. ¿Quizás quince o veinte euros por el paseíto de una mañana? Mi cabeza iba dando vueltas. Seguramente sería caro para nuestro presupuesto.

—Hassan, ¿cuál es el precio?

—Siete euros por persona, pero la comida del restaurante es aparte.

Nos miramos con Mireia y aceptamos la propuesta. Los siete euros se pasaban del presupuesto que teníamos por día, pero llevábamos días gastando menos del tope por día. Así que nos podíamos dar ese pequeño lujo.

—Muy bien, Hassan. Aceptamos la propuesta. ¿Dónde y a qué hora quedamos mañana?

—¿Qué os parece a las diez delante de vuestro hotel?

—Perfecto —le respondimos mientras íbamos apreciando el caos de la circulación de la ciudad.

El bullicio y la circulación era igual de caótica que el resto de las ciudades que habíamos visitado. La gente se mezclaba con los vehículos, las vacas y los vendedores de frutas en medio de las calles. Los gritos de los comerciantes, el ruido de las obras y los claxon de los autos eran las notas de una desagradable melodía que estaba presente en toda la ciudad.

—Chicos, ¿me podéis hacer un favor? ¿Me podéis traducir estos textos escritos en español? Es un diario que tengo y que escriben todos los turistas que he llevado en mi *Tuk-Tuk* a hacer la misma ruta por Agra que haré mañana con vosotros. Siempre les pido que me escriban en la lengua original de sus países. Si os fijáis tengo muchos idiomas en este diario.

—Sí, claro. —Cogí el diario mientras mi mente ya le daba vueltas a la cabeza imaginándose cómo Hassan hacía la pelota a los turistas para que le escribiesen lo buen tío que era o los amenazaba con una escopeta apuntándoles la cabeza. Así lo podría enseñar a sus futuros clientes extranjeros y a la vez demostrar que los turistas estaban encantados con su tour.

«Hassan, eres una magnífica persona.

Nos lo hemos pasado muy bien contigo».

«Gracias amigo por todo. Gracias a ti,
hemos conocido una preciosa ciudad».

«Hemos hecho un nuevo amigo en Agra.
Esperamos volver a verte en un futuro no muy lejano».

«Cuídate mucho amigo. Ha sido un *tour* un día
magnífico contigo. Eres una gran persona».

Estas eran algunas de las frases que traduje de distintos españoles que en su viaje a la India coincidieron con él. En general muchos catalanes y algunos madrileños. Se podía ver en alguna de las notas algún *fins aviat* o *adéu* escritas por algún catalán.

Poco después de que nuestro nuevo compañero nos enseñara su libreta de notas llegamos al hotel. Escogimos ese hotel porque la *Lonely Planet* hablaba muy bien de las vistas hacia el Taj Mahal y de lo amigables que eran sus empleados.

La entrada del hotel se hacía por un patio donde cabían un par de autos. A la derecha estaba la recepción y en el primer y segundo piso estaban las habitaciones. Justo arriba, en la azotea, estaba la vista panorámica para ver la obra por excelencia en mármol blanco del planeta Tierra.

Salimos de la bicicleta cubierta de tres ruedas y nos despedimos de Hassan con un apretón de manos.

—Mañana a las diez nos vemos justo aquí, en la entrada del hotel, ¿de acuerdo? —nos recordó.

—Sí, a las diez estaremos preparados —respondió Mireia mientras yo bajaba las mochilas del *Tuk-Tuk*.



7 TAJMAHAL

Después de hacer el *check-in* y de despedirnos de Hassan, nos dirigimos a la habitación del hostel. El chico de recepción nos ofreció tres alternativas para dormir y, cómo no, cogimos la habitación más económica. Es decir, la más pequeña, la que tenía vistas a una pared del edificio de al lado que tan solo estaba a un metro de nuestra ventana, y la que tenía un lavabo de metro y medio por metro y medio donde estaba la ducha y el retrete, y encima sin aire acondicionado para afrontar esa temperatura de infierno que casi todos los días rondaba los 40 grados.

Después de instalarnos nos dimos una ducha y nos fuimos a cenar a la azotea del hotel para contemplar el Taj Mahal de noche mientras saboreábamos la exquisita comida del país.

—Venga, Mireia, termina ya la ducha que quiero subir. —Estaba ansioso para ver aquel templo blanco que en tantas portadas de la revista *National Geographic* había salido. Nunca entenderé por qué las mujeres tardan tanto cuando van al baño. O por qué van en grupo. Quizás Hassan lo sabía, quizás hizo un 2x1 en el máster y se sacó el de Cultura General de Europa, Estados Unidos y Australia para simpatizar con los turistas y el de por qué las mujeres occidentales van de dos en dos o más al servicio. Le tendría que preguntar.

—Ve subiendo, pesado, que ahora subo yo. —Seguro que mientras me lo decía debió pensar lo plasta que soy a veces.

Un minuto después mis piernas subían el último escalón para llegar a la azotea. Y allí estaba él. Lo miré de reojo, primero

quería buscar una mesa con la mejor perspectiva de la azotea para entablar una conversación visual. No había nadie así que me senté en la que estaba en primera fila y me puse a contemplar aquella silueta gigantesca de mármol que estaba a escasos trescientos metros de mí.

Tan solo necesité un minuto para comprender todas aquellas afirmaciones que decían que el Taj Mahal era una obra única. Podía ser la opinión de un arquitecto reconocido a escala mundial, un viajero que conocía los rincones más inexplorados del mundo, un político indio desconocedor de otras obras arquitectónicas conocidas por toda la Tierra, un amante de la escultura islámica... Todas las opiniones sobre la majestuosidad del Taj Mahal eran ciertas. Sencillamente sobrepasó mis expectativas hacia uno de los símbolos arquitectónicos más conocidos del mundo. Mi querida Sagrada Familia fue desbancada de la primera posición de mis obras arquitectónicas preferidas. Yo, un fiel amante del modernismo, aceptaba sin pensármelo dos veces que aquella bellísima obra construida en mármol blanco era sencillamente irrepetible. Según cuenta la historia, el emperador Sha Yahan construyó este edificio por amor en el año 1631. En el libro de Alexis Malla *11 meses y 3 países*, leemos lo siguiente de la historia de esta maravilla arquitectónica: «El Taj Mahal lo hizo construir Sha Yahan como mausoleo para su segunda esposa, Mumtaz Mahal, que murió en un parto en 1631. Se dice que quedó tan triste y desolado que sus cabellos se volvieron de color gris de la noche al día. Ese mismo año se iniciaron las obras, que no se terminaron hasta el año 1663. Trabajaron 20.000 personas procedentes de la India y Asia central, una vez terminado, a algunos de sus obreros y artesanos les cortaron las manos o los pulgares para asegurarse que nunca más se volvería a construir otro edificio con la perfección de este» (2017: 29).

Pasaron los minutos y sentía una sensación de querer conocer más aquel símbolo que era para la India. Su historia, los arquitectos que la hicieron, ver los mapas donde se dibujaron los primeros esbozos, presenciar cómo se ponía una piedra sobre la otra hasta finalizar la obra, sentir la alegría de los presentes que vieron finalizar el Taj Mahal, ver cómo eran los materiales con los que se hacían los relieves de la piedra, etc... Quería saberlo todo. Con la Luna asomando por el este y con el silencio y la tranquilidad de la noche pude apreciar cada sentimiento que me abordaba en mi interior al ver aquella obra. Fue el único instante del viaje, hasta el momento, donde pude dejar liberar la tensión del cansancio de los primeros días de viaje. Tan solo escuchaba el silencio y veía esa maravilla hecha por el esfuerzo y el sudor de unos cuantos y la imaginación para la creación de edificios de otros. Me dejé apoderar por la fantasía mientras mi cabeza se imaginaba estar cuatro siglos atrás viendo la creación de aquella gigantesca obra. Fue un momento de calma interior.

En medio de esta tranquilidad algo me despertó de aquel sueño que tenía con los ojos abiertos. Se puso delante de mí y me miró sin preocupación. Tenía los ojos marrones como el color de las hojas de los árboles en otoño, sus pómulos desaparecían por la cantidad de pelos que le recubrían la cara, sus pequeñas orejas terminaban en punta, sus dientes afilados le hacían ser respetado y su nariz tenía dos orificios muy pequeños. Me lo quedé mirando mientras se sentaba encima de mi mesa observándome a medio metro de mí.

—¿Qué tal, amigo? —le pregunté sabiendo que no obtendría respuesta.

Sus ojos se fijaban en mi cuerpo. Primero los brazos, que los tenía cruzados, luego el pecho y finalmente mi cara. Me estudiaba y, a la vez, yo hacía lo mismo con él. Los dos estábamos callados,

mirando el movimiento corporal del otro. Y el único espectador de aquella situación era la silueta del Taj Mahal iluminada por la Luna. Poco a poco fue perdiendo el interés por mí y se fue alejando, saltando de mesa en mesa, dejando al descubierto una larga cola recubierta por sus pelos amarillos que le recubrían todo el cuerpo. Luego se giró y me siguió observando unos segundos más hasta que finalmente desapareció saltando de tejado en tejado hasta desaparecer.

—¡Qué pasada! Es precioso, ¿verdad? —me dijo Mireia mientras subía los últimos escalones para llegar a la azotea. Hacía un par de minutos que se había ido el curioso mono y mi cabeza se estaba teletransportando otra vez hacia la India del siglo xviii.

—Es espectacular, y con la luz de la Luna transmite una inmensa tranquilidad. —Hacía rato que esa sensación circulaba en mis venas.

—¿Cenamos?

—Claro. Y de postre un *lassi*, ¿no? —contesté entre risas.

Al día siguiente nos despertamos a las seis de la mañana para visitar uno de los iconos de la Tierra que representa mejor el amor entre dos personas. Llevábamos nueve días de viaje y levantarse a aquellas horas de la mañana no era la mejor opción para aguantar el ritmo de las cuatro semanas que aún nos quedaban por delante. El sol deslumbraba con sus primeros rayos iluminando los edificios más altos de la ciudad y los más tempraneros andaban por la calle para abrir sus pequeños negocios. La circulación apenas se palpaba en el ambiente matutino de las seis de la mañana. Tan solo los turistas, en general japoneses, eran los transeúntes de las calles de la ciudad. Como es habitual en ellos, y de la misma manera que lo hacen en Barcelona, todos iban en grupo siguiendo al guía que se caracterizaba por ir siempre el primero con un paraguas cerrado y apuntando al cielo con la mano alzada.

Diez minutos después de salir del hotel llegamos a la zona de taquillas del Taj Mahal. Eran las seis y media de la mañana y la hora de abrir las puertas para los turistas. Me sorprendió ver a decenas de personas haciendo cola, ya con el *ticket* en la mano, para traspasar la muralla que hacía de fortaleza. Los muros eran de diez metros de alto por unos tres metros de ancho. Una pared infranqueable para los enemigos que querían asaltar la muralla, en una época donde el imperio mongol dominaba esas tierras.

Al entrar en el patio interior, una decena de policías con distintas armas de fuego controlaban que los turistas no llevaran objetos indebidos para la ocasión. En nuestro caso, cada uno llevaba una mochila pequeña con lo necesario. Una botella de agua, un paquete de galletas, los medicamentos imprescindibles, el móvil, algo de dinero, pasaporte y una chaqueta impermeable en caso de lluvia, ya que el pronóstico era de lluvia y en el cielo se apreciaba como poco a poco las nubes ganaban terreno a los rayos de sol.

—¿Qué es esto? —me preguntó uno de los policías mientras sacaba del interior de mi mochila el Seretide. Un medicamento para el asma.

—Es un medicamento, soy asmático —respondí.

El hombre siguió observando aquel pequeño objeto rodeado por dos tonalidades lilas y de forma circular. Su altura era de 1,70, de unos 55 años, muy delgado y con cara de muy pocos amigos. Claramente me había tocado el guardia quisquilloso de la entrada.

—Soy asmático, señor —le afirmé por segunda vez.

Su cara seguía perdida en aquel objeto. Sus manos lo sostenían como si fuera una especie de artilugio proveniente de otro planeta. Lo miraba desde una perspectiva aérea bajando los brazos a la altura de la cintura, luego lo levantaba con las dos manos y se

fijaba en su parte inferior, después a la derecha y finalmente a la izquierda. Después me miró y me preguntó qué era eso.

—Es un medicamento para el asma, señor. Funciona así —le respondía para explicarle lo que era mientras me acercaba para coger el inhalador y enseñarle cómo se usaba.

El hombre hizo un paso atrás sin entender cuáles eran mis intenciones al acercarme a él. Me miraba como si fuera un suicida con explosivos por todo mi cuerpo. En ese instante, y al ver el paso atrás del policía y su nerviosismo, se acercaron dos guardias más. El movimiento de esos dos hombres también captó el interés de los demás turistas que hacían cola para entrar. Así que en cosa de segundos pasé a ser el protagonista de una situación incómoda para mí. Uno de los guardas que se unió a la conversación se miraba el objeto extraterrestre que tenía su compañero en las manos. Empezaron a hablar entre ellos mientras se hacía cada vez más evidente mi cara de avergonzado, y de gilipollas por ser el centro de las miradas de los turistas, por no ser escuchado por esos tres hombres que miraban el medicamento.

—Soy asmático. —Ya no salía de mi boca la palabra *señores* que representaba cordialidad y amabilidad ante el otro. Tenía ganas de decirles *ineptos*, *idiotas* y otras palabras para describir de forma gráfica a los tres personajes que tenía ante mis ojos incrédulos.

Los tres me miraron cuando mis palabras ya no eran tan correctas como las anteriores. El primer guardia que dudó del artificio, el que lo sostenía en sus manos, se dirigió hacia la basura que tenía a unos tres metros a su izquierda. Será estúpido, pensé. Al ver el propósito del hombre avancé dos pasos como si tuviera piernas de jirafa para alcanzar al hombre. Le pedí que me dejara enseñarle cómo funcionaba y le expliqué que era necesario para mi salud. Que sin ese medicamento tendría problemas para seguir con bienestar durante el viaje.

—Funciona así —le expliqué mientras abría la ranura que había en la parte lateral del objeto redondo.

El hombre hizo un movimiento atrás como si la «bomba» de marca Seretide fuera a estallar. Mientras, simulaba el movimiento de llevarme a la boca el aire que salía del agujero del medicamento. La cara de idiota del hombre y las risas de los otros dos al verle, tranquilizaron los ánimos y pudimos empezar la visita al Taj Mahal. Mi papel de protagonista se quedó en esa escena. Posteriormente y hasta el día de hoy no he recibido llamadas para interpretar algún papel en Bollywood. No sirvo para ser actor.

A escasos metros de la escena vivida con la seguridad del templo blanco, cruzamos otra de las puertas principales que custodiaba otra gigantesca muralla y justo detrás estaba él, el templo de los templos, con su color blanco y su altura que hacía de observador de la ciudad de Agra. Una de las siete maravillas del mundo estaba delante de nuestros ojos y ninguno de los dos era capaz de articular ninguna palabra que no fuera de admiración, sorpresa o alucinación. Cuando vi la obra me acordé de las palabras de Raimon Portell para describir el Taj Mahal. Que sin duda era una descripción lo más parecida a la realidad: «El Taj Mahal se levanta como el más bello pedazo de cielo. Se pinta de rosa al alba; de verde, bajo la tormenta; de rojo, en el ocaso... Deslumbra con el sol del mediodía, se disuelve en la calima o titila como un zafiro bajo la Luna. Lo enmarcan cuatro minaretes, exentos para que ningún derrumbe dañe el edificio. Subraya su simetría. El ritmo de arcos y huecos absorbe con elegancia la contundencia de la cúpula, perfecta. En su cima hay una flecha de oro —hoy de cobre— sobre un loto invertido. Dentro, dos cámaras funerarias: una es subterránea; la otra está justo encima. Mumtaz Mahal reposa justo en el centro. Sobre su cenotafio, el preciosismo decorativo alcanza el cenit. Las piedras semipreciosas incrustadas

representan hasta cien especies de flores. La caligrafía, con pasajes del Corán, también se usa en la decoración. Pero nada empaña el equilibrio, todo suma para alcanzar la perfección»³.



—Ya ha valido la pena venir a la India si hemos visto lo que tenemos enfrente, ¿no? —Mi mirada no podía desengancharse de aquel edificio mientras le preguntaba a Mireia que opinaba de la obra.

—Sí, es precioso. Ha valido la pena levantarse a primera hora para verlo. Es precioso.

Los dos estábamos alucinando al ver la gran cúpula blanca al final del jardín con sus cuatro pilares laterales custodiando el edificio de estilo mongol. El verde de los árboles y del césped se mezclaba con el azul del cielo y estanque mientras que el marrón de las baldosas y de los edificios laterales del recinto hacía de contraste con el blanco de las piezas de mármol que formaban parte del Tal Majal. La multitud de personas que apreciaban el recinto presidido por el edificio blanco andaban de forma pausada mientras amigos y compañeros de viaje se hacían fotos con el Taj Mahal detrás. Nosotros, asombrados por la belleza arquitectónica, buscamos un pequeño agujero para hacernos una foto para enmarcar. Era uno de esos momentos y lugares donde la foto tenía que salir perfecta para tener un buen recuerdo de uno de los lugares más conocidos por el ser humano.

Después de pelearnos con otros turistas por conseguir una buena panorámica con el Taj Mahal, paseamos alrededor del estanque que iba de punta a punta del jardín principal del recinto. La multitud poco a poco iba creciendo y era el momento de visitar las dos tumbas del interior del templo. Al entrar dentro del

3 Ver el artículo «Una pasión sin límites», publicado en la revista *Altair. Por el norte de la India*, número 38, p. 112.

palacio el silencio se hizo presente entre los visitantes. Cada uno de los presentes observaba en silencio uno de los lugares del mundo donde el simbolismo del amor había sido más presente en los millones de años de la existencia de la Tierra. Mireia y yo observábamos cada detalle con tranquilidad. Cada relieve, cada baldosa y cada elemento que formara parte del interior de aquella habitación con sus dos ataúdes, eran dignos de ser repasados una y otra vez por nuestros ojos.

Anduvimos un par de horas por el interior del recinto hasta que llegó la hora del almuerzo. Habíamos visto, de camino al Taj Mahal, una azotea que estaba enfrente de nuestro hotel que también tenía vistas a la atracción por excelencia de la ciudad. Eran casi las nueve y teníamos una hora para desayunar y vernos con Hassan. Así que nos detuvimos a dar un último vistazo desde el interior de la muralla, para recordar para siempre aquella magnífica obra creada por la mano del hombre, y nos pusimos de camino al restaurante con las vistas al templo blanco. Nos quedaba un día largo visitando otras partes de la ciudad y necesitábamos comer alguna cosa para ganar energía.



8 RUTAS SIN ENCANTO

Llegamos al restaurante y subimos a la azotea para tomar un desayuno típico del país. Un hombre, de mediana edad, nos atendió en la entrada del edificio y nos acompañó al terrado donde había las vistas al Taj Mahal. Para llegar a la parte superior teníamos que pasar por el primer piso, lugar donde vivía la familia que llevaba el restaurante. Al pasar por ese nivel vimos un par de niños tumbados en el suelo con una mujer mayor mirando una televisión merecedora de formar parte de un anticuario. Al otro lado de sala dos niñas jugaban con unas muñecas desinteresándose de lo que sucedía en el resto de la habitación. Otro niño, de unos 12 años, nos miró con poco entusiasmo y estudió nuestros cuerpos que subían a la azotea. Nos acomodamos en una de las mesas del terrado y saludamos un par de turistas que estaban comiendo relajadamente mientras miraban el Taj Mahal a lo lejos y discutían la ruta que harían durante el día mientras seguían las recomendaciones de la *Lonely Planet*.

—¿Qué te parece el Taj Mahal? Precioso, ¿no?

—Sí, ha valido la pena visitarlo. Sin duda es mágico y atrae a cualquiera —respondió Mireia mientras los dos mirábamos la carta del desayuno.

—A ver dónde nos lleva Hassan con su *Tuk-Tuk*. Tiene pinta que será un día largo según la ruta que nos dio ayer. ¿Será tan auténtico como Benarés?

En ese momento apareció el chico joven, de unos 12 años, que estaba en el piso inferior tumbado siguiendo nuestros pasos.

Se acercó a nosotros y nos preguntó qué queríamos comer. En muchas ocasiones en la India, y otros países de África y Asia, los niños que tienen padres con negocio propio desde jóvenes ayudan para seguir adelante con la economía familiar, haciendo tareas que no les son correspondidas a sus edades. Pero lo hacen ya que sus padres no pueden permitirse contratar a un empleado.

—Para beber un *lassi* —le pedí al chico que nos atendió. Como de costumbre mis desayunos acompañados con esa bebida típica del país era una parte esencial para encarar un nuevo día con entusiasmo.

—Y para mí una *dosa*, por favor —dijo Mireia mientras miraba la carta para asegurarse de que ese era el menú correcto.

El chico apuntó nuestros pedidos en una libreta pequeña que tenía de portada la bandera de la India. Su caligrafía era irregular y su manera de escribir era lenta y entrecortada. Parecía que no tenía muy claro cómo escribir los platos de los menús que habíamos pedido o no se acordaba exactamente qué signos tenía que representar en el papel. Un gran porcentaje de niños de la India no va a la escuela por falta de infraestructuras o bien porque desde pequeños están con los padres trabajando en el negocio familiar. La dificultad de aquel chico para escribir correctamente nuestros menús se reflejaba en su frente arrugada por la inseguridad y por su mirada fija en el papel intentando recordar cuál era la manera adecuada de escribir los platos seleccionados de sus dos nuevos clientes.

Mientras esperábamos degustar un nuevo desayuno típico del país, contemplamos gran parte de las vistas de la ciudad con el Taj Mahal de fondo. La imagen de las azoteas, unidas unas con las otras, te transportaba a un mundo imaginario de persecución donde los ladrones de objetos valiosos saltaban de tejado en

tejado perseguidos por la policía. Algunas azoteas eran más altas que las de su alrededor, otras tenían la ropa tendida a lo largo de una cuerda para secarse, y otras estaban pobladas por cisternas de agua. Las escaleras, que unían unos pisos y azoteas, formaban parte de ese laberinto a un elevado nivel del suelo. El más ágil será el vencedor de esa persecución imaginaria.

A las diez nos dirigimos al hostel para encontrarnos con Hassan. El calor poco a poco se apoderaba de la ciudad, aunque las nubes no daban su brazo a torcer y seguían siendo las dueñas del cielo frente a los rayos solares que ya no daban señales de vida desde hacía horas.

—Buenos días, españoles —nos dijo nuestro guía cuando nos acercábamos a él. La ropa que llevaba era la misma que el día anterior. Su larga túnica blanca y el pantalón gris que llevaba puesto estaban desgastados a causa del uso excesivo y del calor infernal de la ciudad. En el cuello de la túnica se podía apreciar un color marrón claro provocado por el sudor de su cuerpo, las mangas estaban descosidas y deformadas por el pliegue que llegaba hasta sus codos, y las sandalias marrones apenas mantenían su color original.

—Buenos días, Hassan —le respondimos con energía. La visita al Taj Mahal nos había hecho desaparecer el cansancio de los días anteriores.

—¿Preparados para la visita? —nos preguntó mientras entraba en su vehículo desgastado por los kilómetros y el paso del tiempo.

—Claro —respondimos a la espera de empezar una nueva aventura.

Salimos del hostel y a los pocos segundos ya formábamos parte del descontrol del tráfico de la ciudad. Las motos, normalmente

con tres acompañantes o más, realizaban maniobras acrobáticas para pasar entre los autos y no tocarlos. Los pobres, sentados en el suelo con las piernas cruzadas, observaban cómo se desarrollaba el caos esperando que alguna moneda cayera por arte de magia en sus manos abiertas dando signos de piedad. La policía, sentada en un bar a pie de calle, hacía como si no vieran el descontrol de la circulación y daba la espalda al desespero de algunos conductores. Las mujeres, tapadas por los *burkas*, andaban por los laterales de las calles controlando no ser embesitadas por alguna furgoneta o auto. Y los comerciantes ignoraban la situación y se dedicaban exclusivamente a animar a sus clientes a comprar sus productos.

El caos era gran parte de la esencia de las grandes ciudades de la India, pero no lo era todo. Ver la interacción entre los individuos de la ciudad era otra manera de entender la cultura. Las mujeres pocas veces iban solas, los hombres mayores casi siempre estaban en grupo tomando algún té en los bares o restaurantes, los niños que no podían ir a la escuela los veías en las calles paralelas a las principales jugando al fútbol o críquet, los comerciantes gritaban para captar clientes y a la vez atraer a los del vecino de al lado que vendía el mismo producto, los conductores de *Tuk-Tuk* eran los más listos de clase en lo que se refería en la conducción, los conductores de *rickshaws*, en cambio, eran los que más sufrían para llegar al destino del cliente a causa del sobreesfuerzo que suponía llevar esa bici de tres ruedas y de más de un metro de ancho. Y los hombres adultos eran los amos y señores de esas ciudades envueltas por el caos y la contaminación.

A los veinte minutos de salir del hostel cruzamos el río Yamuna y nos dirigimos al pequeño Taj Mahal. Un edificio parecido al Taj Mahal de verdad, pero de unos cuatro metros de altura. Sin duda una decepción a los ojos de cualquier turista. Te lo vendían como

otra gran obra arquitectónica y tan solo era una copia mal hecha a pequeña escala del edificio de mármol blanco más conocido del mundo. Aparte, su estado era bastante deplorable y triste. Algunas baldosas habían desaparecido de su sitio original y la suciedad era palpable en el recinto. Encima nos obligaban a dejar el calzado en un lateral del exterior del edificio pagando una suma de dinero. Cómo no, Mireia y yo, nos negamos al servicio prestado. Primero por la suciedad del suelo y luego por la poca confianza que daban los inquilinos que vigilaban las zapatillas. Al principio se mosquearon con nosotros, pero no nos inmutamos y cogimos nuestros zapatos deportivos con las manos. Una de las cosas que me impactó más durante esos días es que los de seguridad de estos recintos turísticos dejaban que los jóvenes hicieran propaganda de estos servicios ilegales delante de sus narices. Más tarde ya no sorprendería ver estas actividades no autorizadas por el Gobierno en cualquier zona de turismo. Tan solo tenías que pasar de ellos y no picar en sus anzuelos.

Después de la primera decepción del día nos dirigimos hacia el río Yamuna, justo delante del Taj Mahal. Desde allí podríamos apreciar unas nuevas vistas de la ciudad —y no tan turísticas— para los visitantes. De camino al nuevo destino empezamos a notar un cambio en las casas que cruzábamos. Ya no eran edificios de piedra o tocho, sino más bien pequeñas casas, algunas cubiertas por placas de metal, donde apenas entraban cinco personas. Las calles ya no estaban asfaltadas y la suciedad era mucho más visible que en otros puntos de la ciudad. También se podía apreciar a muchísimos niños andando sin destino por las calles. Tan solo jugaban en medio de las calles y se apartaban en el momento que aparecía algún auto. Estábamos cruzando una de las periferias de la ciudad y la falta de infraestructuras lo corroboraba. En medio de ese color gris y marrón que representaba cierta tristeza en el ambiente, había algo de esperanza en

las pequeñas tiendas que cruzábamos con el *Tuk-Tuk* de Hassan. Una gran cantidad de *saris* y tejidos estaban expuestos al público en aquellas pequeñas tiendas de piedra y tocho. Amarillos, rosas, azules, verdes, lilas, eran algunos de los colores de las telas. Miles de colores y tonalidades daban una cierta esperanza en aquellas calles bañadas por el gris y el marrón de la pobreza.

Poco después de dejar atrás las casas y las tiendas de *saris* nos adentramos en un pequeño bosque donde solo la carretera daba señales de presencia humana. El sol seguía escondido entre las nubes y algunas gotas, las más atrevidas, impactaban de vez en cuando en la coraza de metal del *Tuk-Tuk*.

—Chicos, llegamos a la siguiente parada. Andáis cinco minutos por este camino y tendréis unas vistas maravillosas del Taj Mahal. Como esta de aquí. —Hassan nos señaló la tapa de nuestra *Lonely Planet*. En ella se podía ver a dos mujeres levantando una tela india, cada una por un extremo, mientras el Taj Mahal se veía al otro lado del río como espectador de la acción de aquellas dos mujeres.

—Muy bien, Hassan. Nos vemos aquí dentro de un rato —le respondí mientras mi mente empezaba a desconfiar de aquella magnífica ruta que nos había vendido el día antes. Primero la decepción del pequeño Taj Mahal, y ahora nos deja solos para que vayamos a mirar unas vistas a cinco minutos de donde está él.

Empezamos a caminar por un pequeño camino asfaltado y poco a poco fue apareciendo ese excepcional edificio blanco al final del camino. Apenas se veían personas y los pocos que nos cruzábamos eran locales. Todos, con una amable sonrisa, nos saludaban y seguían su destino.

—Àlex, ¿le podríamos pedir a Hassan ir a la zona que hemos cruzado, donde habían pequeñas tiendas con telas? ¿Te importa?

—Claro que no. ¿Quieres comprarte alguna tela para el trabajo de fin de carrera?

—Puede ser... Aún no lo sé. Pero me gustaría dar un vistazo a ver si encuentro algo.

Mientras decidíamos ir a ver aquellas tiendas de telas, el camino de asfalto se convirtió en arena y los árboles desaparecieron para dejar paso a la hierba fresca que se alimentaba del agua del río Yamuna. Delante de nuestros ojos solo teníamos el Taj Mahal, en la otra orilla, controlando el cauce de agua que circulaba por el río y un par de mujeres limpiando sus ropas en el agua fresca que bajaba de las montañas del Himalaya. La tranquilidad del lugar acompañaba la perspectiva que teníamos delante de nuestros ojos. Éramos los únicos privilegiados de admirar aquella obra arquitectónica desde otro enfoque mientras nos acompañaba una melancólica música de fondo compuesta e interpretada por la banda sonora «Río Yamuna».

—Hassan, nos gustaría ir a las tiendas de telas que hemos pasado hace unos minutos. ¿Podemos hacer una parada allí? —preguntó Mireia al volver de nuestra ruta por la orilla del río Yamuna con la silueta del Taj Mahal de fondo.

—No podemos, chicos. Tenemos muchas cosas que hacer aún —nos respondió mientras nuestras caras se quedaban perplejas.

—Pero queremos ver si encontramos algo interesante —insistió Mireia.

—No, son de mala calidad. Yo os llevaré a un sitio mejor.

—Vale, iremos a ese que tú dices, pero queremos ver los tejidos de las tiendas que hemos cruzado antes de llegar aquí —repitió Mireia.

—Chicos, no hay tiempo y son de mala calidad. Soy vuestro guía y os llevaré a sitios para que os sintáis a gusto. Si vosotros estáis contentos yo lo estaré, y yo sé que el sitio donde os llevaré es mejor que donde me decíais. Os gustará más y podréis comprar cosas de mejor calidad.

Mireia y yo nos miramos durante unos segundos y nos entendimos al momento. Igual que en Marruecos, los guías te llevaban a locales de amigos o familiares para que les compraras sus productos. A cambio ellos recibían una comisión. No les interesaba ir a otros lugares porque si comprábamos algún *souvenir* o producto, sería más difícil luego dejarse el dinero en otros lugares.

—Vamos por la tarde, no te preocupes. Tampoco tenemos plan para después de comer. ¿Qué te parece?

—Vale. Vamos donde nos dice Hassan y por la tarde venimos aquí.

De camino a la siguiente parada, el Agra Fort, cruzamos las tiendas que estaban en la periferia de la ciudad. Hassan aprovechó para darnos sus argumentos sobre la diferencia entre la tienda donde nos llevaría y las que teníamos delante de nuestros ojos.

—¿Veis, chicos? estas tiendas son viejas y sucias. La gente que vive aquí no tiene productos de buena calidad. Ellos lo hacen todo. Y encima os van a cobrar mucho dinero. Donde os llevo el precio es barato y os harán un descuento especial, ya veréis. Son amigos míos.

Nuestras sospechas se verificaron en ese momento. Hassan nos llevaba a la boca del lobo, nos conducía hacia el mundo de los timos y engaños para los turistas. Hassan no era ese hombre amable y querido por sus antiguos clientes extranjeros, Hassan era simplemente un embaucador y un timador que se aprovechaba de la confusión y la inexperiencia de los turistas en el

campo del precio de los productos de la India. Se aprovechaba de la bondad de estos para llevarse un dinero extra en las compras de sus clientes a sus colegas. En ese momento me vino a la cabeza las frases leídas en su diario el día anterior. ¿Que Hassan era una persona amable y honrada? Lo siento, chicos, pero este farsante os tomó el pelo.

—Sí, Hassan, tienes razón —le dije mientras pensé que lo tenía claro si se pensaba que le compraríamos algún producto a uno de sus colegas. Mientras, Mireia dejaba la conversación para centrarse en las tiendas que cruzábamos a paso de tortuga a causa del tráfico. Supongo que dibujaba un mapa en su mente para acordarse de los sitios que le llamaban más la atención.

Minutos después de dejar atrás las tiendas llegamos al Agra Fort. Decidimos no entrar ya que el precio no se ajustaba a nuestro presupuesto y decidimos hacer unas cuantas fotos desde el exterior. Esos inconvenientes formaban parte y era el auténtico espíritu de los mochileros. El del sacrificio de viajar con lo esencial, con lo necesario y con la cantidad de dinero justo que te obligara a sacar de ti tus mejores facultades como ahorrador y a la vez como regateador. Para sacar las cosas a unos precios mucho más económicos de los que te esperabas pagar. Esa era y es la etiqueta que tiene que llevar un auténtico trotamundos, aquel que se adapta a los problemas cuando el dinero no te acompaña y sacas de ti ese ser que está preparado para la subsistencia. Sabíamos que habría días más difíciles que otros, donde tendríamos que decidir por comer una pieza de fruta o un *naan* si queríamos adaptarnos al presupuesto que teníamos marcado. Eran esos días donde nuestros genes más primitivos aparecían para resolverte la duda de qué comer, y qué aportaba esa comida para seguir en pie después de un día duro de camino. Ese era en parte el nacimiento de esta modalidad de viaje. La de

viajar con lo necesario dejando de lado los caprichos y los vicios innecesarios.

—Hassan, ¿qué toca ahora? —le pregunté.

—Ahora os llevaré a la mejor tienda de telas de Agra. Ya veréis como os gustará. Y los precios son los más económicos que te puedas encontrar desde aquí a Nueva Delhi.

Sí, claro. Y yo tengo delante de mis narices a la persona más embaucadora de aquí a Nueva Delhi, pensé.

—La gente es amable, simpática, y el lugar es muy confortable y limpio. Os encantará —siguió diciendo Hassan, dando sus argumentos aprendidos en el máster en Conocimientos de Cultura General de Europa, Estados Unidos y Australia para simpatizar con los turistas.

La espera se hizo larga. Una señora, con un *sari* de color azul turquesa y estampados de flores doradas, se enzarzaba en una conversación con el empleado. De vez en cuando el hombre, de unos 50 años, nos miraba pidiendo disculpas con su mirada y avisándonos de que en poco nos atendería. La tienda tenía centenas de telas, *sis* y *hijabs*. Los colores más vivos se situaban generalmente en el final del pasillo y los más oscuros al principio. Las telas con estampados estaban encasilladas en las estanterías superiores mientras que las lisas se situaban en las inferiores. Los *sis* eran mayoritariamente de colores vivos y claros. Algunos tenían estampados de flores, pájaros o simplemente de un conjunto de series mayoritariamente de color dorado. Detrás del mostrador había una pequeña colección de alfombras de colores marrones, doradas y negras.

Minutos después nos atendió el hombre, y, cómo suponíamos, los precios eran mucho más caros de los que vimos en otras ciudades. Al viajar tantos días teníamos una idea de cuáles eran los

más razonables según el color, tipo de tejido o textura. Y más Mireia, que se dedicaba al diseño de moda. Supongo que al ser una de las ciudades más visitadas de la India por los turistas, dejaban cantidades de dinero más generosas que en otras ciudades y esto lo aprovechaban los locales de Agra. El hombre, al ver nuestras caras de poco entusiasmo, empezó a rebajarnos el precio hasta una tercera parte, pero aún seguían siendo precios más caros que los que habíamos visto en otras ciudades. Finalmente el hombre optó por dejarnos marchar con las manos vacías de sus productos a precio de timador.

—¿Habéis comprado algo, chicos? —nos preguntó Hassan.

—No, ya compramos telas en otras ciudades del país —comentó Mireia para dejar el tema cerrado y para que Hassan no pudiera intentar convencerla.

—No pasa nada, os llevaré a otro sitio que os gustará mucho. Tienen otro tipo de telas y puede ser que se adapten más a lo que buscáis.

Hicimos un pequeño trayecto con el *Tuk-Tuk* hasta que llegamos al siguiente destino. El local era mucho más pequeño que el anterior y más desorganizado. Cuatro dependientes formaban el equipo de trabajadores de aquella tienda de telas. Comparado con el otro, este local parecía que estuviera preparado para una clase social más baja. Las clientas no iban tan bien vestidas como las de la tienda anterior y sus accesorios no parecían de un poder adquisitivo tan elevado. Los dos pasillos que formaban parte del local eran tan pequeños que apenas pasaban dos personas. Los *saris*, telas, mantas, alfombras y otros objetos no estaban expuestos por las tonalidades de colores, sino por el tipo de material que tenía cada tela. Cuando vieron a Mireia los cuatro hombres se miraron entre ellos. ¿Quién se encargaría de ella? Rubia, ojos verdes, blanca. Era una presa fácil. Enseguida uno de

los trabajadores, el más pequeño y mayor, se acercó a nosotros.

—Buenos días, señores, ¿qué desean? —me dijo el hombre mientras esperaba una respuesta que saliera de mi boca.

—Pues, háblelo con la chica, es la que está interesada en la materia —le contesté mientras señalaba con los dedos a Mireia que estaba mirando fijamente una tela que tocaba con sus manos.

—Gracias —respondió el hombre mientras sus pies se iban en dirección a su presa. Supongo que no estaba dispuesto a que sus compañeros de trabajo le quitaran el sobresueldo que se haría con la pobre chica occidental.

—Buenos días, señorita. ¿Qué desea?

Mireia se lo miró y dudó un instante. Desde que entramos tenía claro que seguramente no compraría nada. Estaba empeñada en ir a aquellas tiendas de las afueras de la ciudad. Sabíamos de sobras que los precios eran mucho más asequibles y no teníamos, en especial Mireia, ganas de perder el tiempo mirando tejidos de la misma calidad a un precio cuatro o cinco veces más elevado.

—No lo sé. Estoy solo mirando. Quizás algún *sari*.

—Muy bien, señorita. ¿Y desea algún color especial?

Mireia miró a su alrededor y dudó durante unos segundos. No era de las personas que se guiaba por un color, más bien por las sensaciones que percibía al ver un tejido o *sari* en concreto. Segundos después su dedo indicó un azul turquesa que estaba a escasos centímetros del hombre. El dependiente se acercó y sacó de entre muchas la tela que quería ver Mireia.

—Aquí tiene señorita —le dijo el hombre mientras le acercaba el *sari* a Mireia.

—Gracias, pero veo que no es lo que busco. Los estampados no los había visto. ¿Tienes alguno sin estampados?

—Sí, claro. Sígueme por aquí, por favor.

Mireia siguió al dependiente unos cuatro metros y se detuvo delante de un pilar de saris de distintos colores, la mayoría colores vivos que daban alegría al ambiente de aquella pequeña tienda.

—Aquí los tiene. ¿Algún color especial?

—Sí. ¿Tiene alguno en azul turquesa?

El hombre se pasó un buen rato buscando hasta que se dio por vencido. No estaba ese color, pero tenía otros colores que podían servir. Así que empezó a enseñar todo tipo de saris, pero a Mireia no le atraía ninguno. Se pasó un buen rato intentando convencer aquella chica de ojos claros, pero el resultado fue nulo. En la mente de Mireia solo estaba esa calle de arena rodeada por el polvo, la tierra, la suciedad y las casas decadentes. Finalmente nos marchamos y la cara del vendedor fue de pocos amigos. La cara que reflejaba al principio de la conversación terminó siendo otra cuando nuestros cuerpos salían por la puerta de la tienda. La derrota se reflejaba en su rostro.

—Chicos, ¿comprasteis alguna cosa?

—No, Hassan —le respondimos mientras su cara nos miraba con decepción.

—¿No os gustó nada?

—No. Había cosas muy bonitas, pero tenemos muchos días de viaje y es un bulto más que llevar. Preferimos ir visitando ciudades y ya nos decidiremos —contestó Mireia.

—Bueno, no pasa nada. Tenemos una parada más. Os quiero llevar a una fábrica de mármol. Es del mejor mármol de la India. Proviene del mismo sitio que el Taj Mahal.

Pensé: ah, ¿sí? ¿Y sabes qué más? Yo te quiero presentar a un amigo mío. Vete a un espejo y lo verás. Es el tío más farsante de la India. Y también proviene del mismo sitio que el Taj Mahal.

Cogimos el *Tuk-Tuk* y cruzamos un par de calles más. El caos seguía siendo el dueño y señor de aquella ciudad. Las motos avanzaban entre los autos mientras estos iban a un paso lento. Las aceras estaban rebosadas de motocicletas y *Tuk-Tuks* y los transeúntes hacían lo imposible para cruzar de una calle a la otra y no ser atropellados por algún conductor que iba a unas velocidades superiores a las adecuadas.

—Ya hemos llegado. Es aquí.

En un lateral de una de las calles principales de la ciudad, una pequeña tienda exponía en su exterior un par de decenas de estatuas de medio metro hechas de mármol. Un hombre, de unos 45 años, esperaba de pie en la puerta de la entrada del comercio. Nos miró y esperó a que bajásemos del triciclo de nuestro guía.

—Buenos días, chicos —nos saludó mientras entrábamos a la tienda.

—Buenos días —saludamos nosotros.

Pasamos dentro y esta vez con Hassan. Nos indicó que fuéramos hacia una de las salas anexas a la entrada principal. Al entrar, un par de hombres estaban trabajando con mármol. Un tercero nos explicó lo que estaban haciendo y nos dio una pequeña introducción de cómo se trabajaba el mineral blanco. Luego nos llevó a otra sala donde barnizaban las figuras trabajadas anteriormente. Todo formaba parte de un plan para llamar la atención y los sentimientos del turista. El hombre, mientras nos explicaba el proceso del trabajo del mármol, también nos contó que los trabajadores eran hombres sin hogar. Hombres que necesitaban trabajar en esa tienda para tener una oportunidad en sus vidas, para poder llenar su estómago vacío y para poder pagar un lugar en condiciones para no dormir en la calle. Al finalizar la explicación del proceso que se hacía en esa tienda, (Fábrica para Hassan), nos condujeron hacia una tercera sala mucho más grande

que las dos anteriores. Estaba decorada con miles de figuras de distintos tamaños y formas. Como no, predominaban las figuras que representaban el Taj Mahal, el emblema y distintivo de la ciudad. Pero también podías encontrar otras obras arquitectónicas, como el pequeño Taj Mahal o el Agra Fort. Un par de estantes más a la izquierda también había representaciones de más símbolos del país, como el parlamento, que está en Nueva Delhi, o la puerta de la India, en Mumbai. Al final del pasillo podías encontrar figuras de animales salvajes de la India, como el elefante, el tigre o el guepardo, aunque de este último apenas quedan ejemplares. Al otro lado de la sala, los candeleros, faroles y otros tipos de soportes para velas predominaban sobre el resto de las representaciones.

—Chicos, ¿os interesa alguna de nuestras figuras? —nos preguntó el hombre que nos hizo la explicación.

Mireia y yo nos miramos. Tampoco estábamos con las ideas enfocadas en gastar, igual que en las visitas anteriores, pero me llamaron la atención un par de portavelas de dos piezas. Los dos tenían forma de pelota menos la base, que era más plana. Los relieves de cada pieza dejaban pequeños agujeros por donde pasaba la luz. La vela se introducía en la pieza que tenía la base y luego ponías la otra encima, dejando la vela en el interior.

—¿Cuánto cuesta este portavelas? —le pregunté, mientras le señalaba uno de los dos que me llamaron la atención.

—Mil novecientas rupias, amigo.

—¿Cómo? —le pregunté al oír el precio.

—Mil novecientas rupias —me respondió otra vez para que me asegurara de que había escuchado bien el precio.

Mil novecientas rupias en el verano del 2015 era algo más de veinticinco euros. Un precio diez veces por encima de lo que estaba dispuesto a pagar.

—Este precio es muy caro, ¿no?

—No, señor, cuesta mucho trabajar con este tipo de mineral.

—Puede ser, pero en Barcelona pago dos euros por el mismo objeto —le respondí.

Estaba claro que esa tienda estaba en medio de la ciudad para vender esos productos a precios de escándalo. ¿Una fábrica, Hassan? Es una puñetera tienda con dos hombres trabajando el mármol para engañar al turista, de fábrica esto no tiene nada. Tan solo tenía que dar una vuelta de 360 grados para ver que todos los clientes eran turistas que estaban de paso para visitar la ciudad. Ni uno solo del país. Aparte, me gustaría saber si realmente ese material era mármol o no. Seguramente ni lo era.

—Se lo bajo a mil quinientas, porque es amigo de Hassan.

—No, gracias, no me interesa.

—¿Cuánto paga por la figura? —me insistió.

—No le daré más de ciento cincuenta rupias —le respondí, calculando más o menos lo que serían unos dos euros, el valor que estaba dispuesto a pagar.

Al oír la respuesta la cara del hombre cambió por completo. Su mirada se volvió más intensa y penetrante hacia mi silueta y su frente se frunció por completo. Los brazos del hombre se levantaron y, con una voz muy clara, me invitó a salir de la tienda mientras me señalaba la puerta que daba a la calle.

—¿Habéis comprado alguna cosa? —nos preguntó siguiendo la rutina que había hecho durante todo el día.

—No.

La cara desencajada de Hassan era clara. No se iba a llevar la comisión que se esperaba. Quizás no éramos los turistas que esperaba que fuéramos, con los fajos de billetes en el bolsillo y

con ganas de comprar cualquier *souvenir* que se nos pusiera por delante. Subimos al *Tuk-Tuk* y nos dirigimos a nuestra última parada, el mejor restaurante de la ciudad según nuestro guía.

—Qué timo de sitio —afirmó Mireia refiriéndose a nuestra última parada en la tienda de mármol.

—Sin duda. ¿Escuchaste el disparate de precio que me dijo?

—Sí, una vergüenza. Ni que fuéramos estúpidos. Encima no creo ni que fuese mármol de verdad. ¿Te fijaste que al tocar las piezas el tacto era como de plástico?

—Pues, sí, yo también pensé que era un tipo de plástico o algún material parecido al mármol —le respondí al ver que pensó lo mismo que yo sobre las miles de figuras que estaban en la tienda.

—¿Crees que los turistas son tan estúpidos de comprar alguna figura en este tipo de sitios?

—Es posible que algunos sí —me respondió Mireia.

Minutos después de salir de la última parada llegamos al restaurante. Los dos pensábamos que sería un sitio típico de la India. Decadente, pequeño, oscuro, sucio y con un olor que no estaba al alcance de ser expuesto a los olfatos más sensibles. Esperábamos entrar en un local donde los trabajadores fueran hombres de unos 50 años o más, con camisas desgastadas por las horas de trabajo y el calor. Pero no, no era para nada lo que teníamos en mente. El *Tuk-Tuk* se paró y Hassan nos invitó a entrar en el local que teníamos delante. Las letras de la entrada estaban enteras y limpias, no se veía suciedad por ningún lado, las mesas y sillas parecían estar esperando ser estrenadas por algún comensal, todos los camareros iban con el mismo uniforme, todos ellos limpios y nuevos. Eso no era lo que queríamos. Nosotros queríamos un restaurante de toda la vida. Un lugar donde los nativos fueran a cenar o a comer. Pero allí no había nadie, ni un solo

comensal. Tan solo estaba Hassan, Mireia, los cocineros y camareros y yo. Dudo que el sitio fuera el más bueno de la ciudad si ni los locales iban a visitarlo. Uno de los camareros nos invitó a sentarnos en una de las mesas que había al fondo de la sala. Los precios eran desorbitados y la carta estaba hecha con platos occidentales. No había comida local a parte de algún postre típico del país. Me levanté de la mesa y me dirigí a Hassan que estaba hablando con los camareros.

—Hassan, ¿tienes un momento?

—Sí, claro. ¿Qué necesitas?

—Nosotros no podemos pagar estos precios, son demasiado caros. Preferimos cambiar de lugar.

Nuestro guía me miró con cara de preocupación. Dudó unos segundos y se dirigió a uno de los trabajadores. Estuvieron hablando durante unos quince segundos y, al final, Hassan se dirigió a mí.

—No te preocupes. Te harán un veinte por ciento de descuento. ¿Te parece bien?

Lo hablamos con Mireia y decidimos aceptar la oferta. Nos sabía mal dejar el local con la propuesta. Aunque era algo superior de lo que esperábamos, nos lo podíamos permitir. Los caprichos de los mochileros eran pocos en estos viajes.

—Nos parece bien —respondí.

Comimos en el restaurante y una hora más tarde nos dirigimos al hotel. Hassan no nos dirigía la palabra y nosotros no estábamos muy animados para hablar con él. Nos había hecho perder el tiempo visitando lugares que no tenían ningún tipo de interés para nosotros. Todo estaba alimentado por el engaño. El pequeño Taj Mahal no tenía ningún tipo de encanto, los locales de tejas estaban preparados para clientes con un poder adquisitivo

elevado o para turistas con la etiqueta de «Estáfame». La fábrica de mármol de Hassan, tienda para nosotros, tenía unos precios desorbitados para cualquiera, el restaurante no era para nada un local que representara el país y encima la comida era muy justa. Y, por si fuera poco, ni se molestó en parar para ver las tiendas de *saris* que vimos de camino al río Yamuna, cuando se lo pedimos con educación. Tan solo las vistas del Taj Mahal de la otra orilla valieron la pena, aunque tampoco eran unas vistas para enmarcar. Ese hombre sencillamente jugaba con los viajeros. Se aprovechaba de las buenas intenciones de los turistas para sacarse un dinero extra. Las horas de máster en Conocimientos de Cultura General de Europa, Estados Unidos y Australia para simpatizar con los turistas fueron bien aprovechadas por nuestro guía. Seguro que más de uno cayó en sus garras. Algunos conscientes de ello y otros no. Quizás algunos siguen pensando a día de hoy que es una persona genial, como escriben en el diario que Hassan enseña a sus víctimas.

—Chicos, llegamos.

—Gracias por la visita, Hassan.

—De nada, chicos. Espero que les haya gustado y sigan disfrutando de este magnífico país. Buen viaje —nos dijo mientras le dábamos la mano.

Aprovechamos para hacernos una foto para el recuerdo y le dejamos irse con su fiel amigo, su *Tuk-Tuk*.

—¿Te fijaste, Mireia? No nos ha dejado escribir en su libro.

Empezamos a reírnos como niños pequeños. Nuestro guía se había ido sin que le escribiésemos unas frases de agradecimiento en su diario. Quizás no esperaba que dejásemos algún buen comentario y prefirió la retirada. En ese momento, Hassan se convirtió en uno de los temas que utilizábamos en los momentos

que no teníamos nada que decir. En aquellos momentos donde el cansancio del viaje se apoderaba de nosotros. Él era nuestro estímulo para hacernos unas buenas carcajadas. Aprovechábamos los momentos muertos para cantar canciones sobre Hassan y sus rutas para los turistas. Aun así, terminamos teniéndole un cariño especial al finalizar el viaje.

9 ENTRE TELAS

Después de una mañana que empezó de la mejor manera posible, con la visita al Taj Mahal, todo se estaba convirtiendo en un día de frustraciones ante la imposibilidad de no conseguir mezclarnos con la esencia de la ciudad de Agra. Aprovechamos para descansar un rato en el hotel y posteriormente hicimos una visita a uno de los mercados callejeros de la ciudad. El ambiente era de desorden y caos. La gente andaba por las estrechas calles a base de empujones y gritos. El desorden de la marabunta de personas impedía que uno pudiera estar conversando tranquilamente con el vendedor de alguna de las paradas del mercado para comprar algún producto, así que estos intentaban poner orden para que los curiosos se acercaran a sus paradas. La arena y el barro tampoco ayudaban a que la circulación fuera algo más organizada. Los más mayores rodeaban los charcos de agua de la lluvia que había caído durante la noche anterior, mientras que los pequeños jugaban a saltar por encima, intentado no mojarse los pies. Las mujeres, al ver que los niños molestaban el semi-orden de la circulación por culpa de sus juegos, aprovechaban para increpar a los niños con gritos y gestos desafiantes. Mientras, un grupo de ancianos que tomaban un té en un lateral de la calle, reía al ver cómo se desarrollaba la situación.

—¿Por dónde quieres ir? ¿Seguimos en línea recta o cruzamos hacia alguna otra calle?

—No tengo preferencia. Podemos cruzar a la derecha en la siguiente calle, si quieres —me respondió Mireia mientras mirábamos una pequeña tienda de telas.

Cada zona del mercado estaba relacionada con algún producto en concreto. Una parte estaba dedicada a la venta de cerámica, otra a la venta de tejidos, en algunas callejuelas se vendían productos de marroquinería como bolsos, cinturones y monederos de cuero, en las calles más grandes generalmente se vendían alimentos, como verduras, huevos, pescado, frutas, pollo... Y en las zonas menos transcurridas se podían ver tiendas dedicadas a la venta de farolillos de metal o mantas.

Después de recorrer cada callejón del mercado, decidimos coger un *Tuk-Tuk* para poder visitar el pequeño barrio que estaba en la periferia de la ciudad. Ese pequeño barrio marginado y entristecido, bañado de miles de colores y tonalidades distintas de los *saris* y telas que estaban expuestas al público.

—Buenas tardes, queremos ir a este lugar —le dijimos a unos de los conductores de *Tuk-Tuk* que había en una de las salidas del mercado callejero mientras le señalábamos con el dedo el punto exacto en el mapa de la *Lonely Planet* que teníamos.

El hombre nos miró sorprendido. No sabíamos si era porque no entendía el mapa o porque no estaba acostumbrado a ver uno. O quizás era porque el punto que le señalábamos no era un sitio común donde los turistas fueran de visita.

—¿Estáis seguros de que queréis ir aquí? —nos preguntó mientras su cara expresaba una mueca de no estar seguro si realmente sabíamos dónde le estábamos indicando.

—Sí, es aquí —le respondimos mientras un par de conductores de *Tuk-Tuk* se acercaron para saber cuál era ese sitio que nuestro conductor no tenía claro. Y es que cualquier motivo era una excusa para que los locales saciaran su curiosidad sobre nosotros. Nuestros planes, nuestra cultura o de dónde proveníamos.

Finalmente, y después de dialogar un par de minutos, entramos dentro del carruaje de tres ruedas para dirigirnos hacia esa zona de Agra que tanto nos había llamado la atención. Como de costumbre el caos de la circulación provocó que la llegada de nuestro destino fuera más lenta de lo esperado. Después de cruzar el río y llegar a la calle principal Mireia le pidió al conductor que fuera más lento. Quería observar, desde la distancia y desde el interior del *Tuk-Tuk*, cuál de aquellas tiendas hechas de placas de metal, piedra y madera sería su presa. Era como si el león de la sabana se preparase para atacar al antílope que más le llamaba la atención.

—Pare aquí, por favor —solicitó Mireia al conductor que no entendía por qué quería ir a ese sitio y no a otro como el Taj Mahal, el Agra Fort o el pequeño Taj Mahal.

La calle, impregnada por el barro y la arena, era uno de los motivos por los cuales se podía suponer que el lugar estaba fuera del alcance de los servicios sociales, oenegés u otras fundaciones que luchaban contra las diferencias sociales en la India. La circulación apenas formaba parte de aquellas calles rodeadas por casas con un estado lamentable. Los adultos pasaban el tiempo hablando en grupo apoyados en la pared de alguna de las casas, los niños jugaban al fútbol en medio de la calle y los vendedores de telas miraban como transcurría la poca circulación que pasaba delante de ellos. Mireia, con paso decidido, salió del *Tuk-Tuk* e hizo otra pequeña inspección de las tres tiendas que tenía delante y las que tenía al otro lado de la calle. Vaciló un instante y se lanzó hacia la tienda que sería su presa. Mientras, el conductor que nos llevó dejó su *Tuk-Tuk* aparcado a unos dos metros de la tienda. De repente, el grupo formado por cinco hombres que estaba a unos diez metros de nosotros dejó de hablar, los niños que jugaban al fútbol en medio de la calle se olvidaron de la pelota,

los ancianos que paseaban esquivando los charcos de agua ya no andaban, las mujeres que compraban telas en las tiendas de al lado dejaron sus compras por un momento. La chica occidental, de ojos verdes y pelo rubio, era el centro de atención de todas las miradas. Mireia, sin darle importancia, se plantó delante de una de las tiendas. El local, que era parecido a un cubo de piedra de unos seis metros de largo por unos tres de ancho, estaba lleno de *saris* de mil colores por todas partes, dejando en medio un pequeño pasillo de poco más de medio metro que iba desde la entrada hasta la pared del fondo. La puerta, que ocupaba casi todo el espacio de aquella cara del cubo de piedra, era de metal y corredera. Como las que podemos encontrar en cualquier farmacia de España. Para entrar en el establecimiento se tenía que dar un pequeño salto ya que la puerta de entrada estaba unos cincuenta centímetros por encima del nivel del suelo. Esa tienda, que más bien parecía un almacén, tenía la misma forma que el resto de locales de *saris* que había a lo largo de la calle.

—¿Me ayudas a subir, Àlex? —me pidió mientras uno de los tres vendedores se percató de las intenciones de Mireia.

—¿Necesita ayuda, señorita?

—Sí, gracias.

El chico, de unos 30 años, ayudó a subir a Mireia mientras yo esperaba delante del establecimiento. El local era demasiado pequeño para cinco personas y entre los tres vendedores y Mireia ya tenían suficientes problemas para encontrar las telas adecuadas entre el montón. Tan solo serviría para estorbar. El conductor, que apareció de repente a mi lado, me ofreció uno de los tres taburetes que había en el local. Cogió uno para él y uno para mí y se sentó a dos metros de la tienda apoyando su espalda en su *Tuk-Tuk*. Yo, al ver que la situación podría llegar a pasar la media hora, acepté la oferta y me senté a su lado mientras

conversamos en el idioma universal, el que no tiene fronteras, los signos.

—Àlex, ¿cuál te gusta más? —me preguntó Mireia desde el interior del almacén mientras levantaba tres telas de tres colores que me parecían idénticos.

Y a mí qué me cuentas, pensé. Si son iguales. Esos eran los momentos que podía terminar siendo un estorbo de verdad. Donde yo veía tres verdes iguales, Mireia veía un verde esperanza, un verde caqui y un verde mostaza. Donde yo veía tres azules iguales, Mireia veía un azul que era igual que el azul del mar, otro que era igual que el azul del cielo y un tercero que era igual al azul de las flores *muscari*. Mierda... ¿Y ahora qué digo?

—¿A ti cuál te gusta más, Mireia? —le pregunté mientras esperaba que saliera de sus labios una respuesta.

—A mí esta —me dijo mientras me levantaba con las manos una de las tres telas de color lila.

—Buena elección. A mí este color también me gusta mucho —le dije mientras mi mente daba saltos de alegría por superar la primera pregunta.

Después de aprobar el examen en decisión de telas y de ver que la estancia en aquel taburete sería larga, aparecieron un grupo de curiosos que se percataron de la llegada de Mireia y se acercaron a la tienda hasta el punto que ya no me encontraba en primera fila observando desde mi taburete rojo. Niños, hombres, mujeres, ancianos y otros vendedores de otras tiendas se acercaron a la puerta de metal para ver cómo se desarrollaba la situación. Igual que en Benarés, la tozudez y el conocimiento de aquella chica occidental cautivó a más de uno de los presentes.

—¿Cuánto me darías por estas tres telas? —preguntó Mireia mientras le señalaba una tela amarilla, una verde y una lila, la

que me hizo superar la prueba, al chico que llevaba la voz cantante de los tres.

—Señorita, usted ha cogido las de mejor calidad —respondió el chico.

No sé por qué, pero siempre teníamos el don de coger lo mejor de cada lugar. Las mejores telas, los mejores *souvenirs*, el precio más económico para hacer un *tour* por Agra, los *saris* más caros... Pero los dos sabíamos que todo esto formaba parte del juego del regateo y tanto a Mireia como a mí nos encantaba. Podríamos decir que ya teníamos experiencia de otros países que visitamos anteriormente y los conocimientos en el arte de regatear los teníamos bien aprendidos.

—Vale, pero ¿cuál es el precio? —volvió a preguntar Mireia.

—Dos mil rupias —dijo el hombre mientras se veía en su cara «dinero fácil a costa de una turista».

Ya empezaba el espectáculo. Mireia me miró con una sonrisa en los labios al escuchar la respuesta del hombre. Sabía que de allí podía sacar entre quinientas y ochocientas rupias. Así que se volvió a girar hacia los tres comerciantes y vaciló un instante para pensar cuál sería su precio.

—Le doy trescientas rupias por las tres.

¡Un momento, chicos! Aún no tengo las palomitas para ver la escena. ¿Alguno de los presentes conoce algún lugar en el que hagan palomitas? ¿No? ¿Ninguno? Bueno, por lo menos tenía la compañía del conductor, que sin entender palabra de lo que decían los actores, miraba con risas la escena que sucedía delante de sus ojos. Y no era el único. Las veinte personas que se concentraban delante de la tienda comentaban la jugada de la chica como si estuviera ganando una partida de ajedrez a tres profesionales del juego.

—¡Trescientas rupias! Eso es demasiado barato. No puedo vender estas telas a estos precios. Si quiere le bajo a mil setecientas rupias. Es un buen precio.

—Quinientas rupias por las tres —contraatacó Mireia sin dar explicaciones de por qué ese precio. Tan solo respondió con una cifra seca y seria para despistar al rival. Sabía que aún estaba por debajo de las ochocientas rupias que estaba dispuesta a pagar. Y ese tono le daría seriedad y respeto a sus palabras.

El cabecilla de los tres se quedó pensando un instante mientras miraba las tres telas intentando ver cuánto ganaría por vender aquellos tejidos de distintos colores. Aún sabía que el margen de rebajar el precio era bueno, pero quería aprovecharse de aquella joven chica. Tanto Mireia como ellos sabíamos que el precio de aquellas tres telas debía estar alrededor de las quinientas rupias. A Mireia no le importaba pagar algo más del precio real. Incluso, pagando dos o tres euros de más para ella era una ganga si se comparaba con los precios de Barcelona.

—Le dejo en mil doscientas rupias por las tres. No voy a rebajarle más.

Poco a poco los precios se iban acercando y los presentes estaban cada vez más atentos al intercambio de palabras entre los vendedores y la descarada muchacha. Un chico, de unos 15 años y que dominaba un poco el inglés, hacía de traductor a los espectadores de la escena mientras estos comentaban la jugada o aprobaban la situación moviendo la cabeza de arriba y abajo. De vez en cuando mi compañero de taburete, el conductor, me levantaba el pulgar de la mano dándome su aprobación y admiración hacia Mireia. Estaba jugando muy bien sus cartas.

—Ochocientas rupias por las tres telas —dijo Mireia a la espera de cerrar el trato.

—Mil rupias por las tres. ¿Le parece bien? —respondió el vendedor de la tienda a la espera de cerrar el precio.

Mireia se quedó pensando un instante. Y por sorpresa de todos, en vez de rebajar el precio cogió una cuarta tela que había descartado minutos atrás.

—Le doy las mil rupias que me pide si me llevo esta cuarta —respondió Mireia mientras sacaba del montón una tela de color naranja.

El hombre se quedó pensando unos instantes. Él sabía que salía ganando y Mireia sabía que no perdería con aquel precio, incluso sabiendo que aquella cifra fuera más elevada que para un local. En Barcelona le costaría diez veces más. El vendedor se quedó mirando las telas, miró a Mireia y después me miró a mí, que estaba detrás de la multitud apoyado en el auto con mi nuevo amigo.

—Vale, acepto —respondió el chico mientras en su cara se veía una pequeña derrota, incluso sabiendo que se había ganado un dinero extra con aquella chica.

Mireia le dio el dinero acordado y pocos segundos después nos íbamos con un enorme paquete hacia el hostel. Cada una de aquellas telas tenía más de siete metros de largo por uno de ancho. Los presentes que vieron la escena esperaron a que Mireia subiera al *Tuk-Tuk* con su compra. Seguramente pasarían muchos días, quizás semanas o meses hasta que otro occidental decidiera pararse en aquel pequeño barrio desprotegido ante la suciedad, las enfermedades o la pobreza y a la espera de que algún día la sociedad aceptara no darle más la espalda. Para aquel pequeño grupo de locales que presenciaron la escena, esa media hora fue un suceso fuera de lo normal. La gente adinerada del país o la gran mayoría de turistas, no tenían en sus planes parar en una zona sin ningún tipo de lujo, en la que seguramente no

había agua potable, la electricidad era escasa y la higiene sencillamente era deplorable. Esto era la India. Mientras unos tenían tanto, otros sencillamente no tenían nada.

